

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



OCTUBRE,
MES DEL ROSARIO

León XIII,
el papa
del Rosario

El Rosario,
remedio de los
males sociales
del siglo

El Salterio
a través
de los siglos

El beato Tarrés,
el Rosario
y la familia

San Juan Fisher,
obispo y mártir



«Rezad el Rosario para obtener
la paz del mundo.»

Año LXIII- Núms. 903
Octubre 2006

Palabras de la Virgen
a los Pastores de Fátima

Sumario

| | |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| «Las tinieblas de la herejía se disiparon y la luz de la fe católica brilló de nuevo». De la bula «Consueverunt romani pontifices», de san Pío V | 3 |
| Octubre, mes del Rosario. De la encíclica «Supremi apostolatus», de León XIII | 4 |
| El Rosario, remedio de los males del siglo. De la encíclica «Laetitiae sanctae», de León XIII | 6 |
| «Ante todo, esperamos de la virtud del Rosario abundante ayuda para amplificar el Reino de Cristo». De la encíclica «Adjutricem populi», de León XIII | 10 |
| El Salterio a través de los siglos <i>Gerardo Manresa Presas</i> | 13 |
| Primer y segundo secreto de Fátima | 15 |
| El secreto admirable del Santísimo Rosario para convertirse y salvarse <i>San Luis M.^a Grignion de Montfort</i> | 16 |
| «Rezad el Rosario para obtener la paz del mundo». Carta de Sor Lucía | 19 |
| El beato Tarrés, el Rosario y la familia | 20 |
| «Rosario bendito de María, cadena dulce que nos unes con Dios». De la encíclica «Rosarium Virginis Mariae», de Juan Pablo II | 21 |
| Los misterio de luz, aportación de Juan Pablo II al santo Rosario <i>R.G.</i> | 23 |
| María es como el corazón de la Iglesia. Doctrina mariológica de Servasanto de Faenza. <i>Guillermo Pons Pons</i> | 26 |
| Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XXXI). Tras setenta y cinco años de infructuosas demandas llegaron los tiempos dispuestos por Jesús para introducir la fiesta de su Corazón en la Iglesia <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i> | 29 |
| Contemplando la vida de Cristo. «Yo le resucitaré en el último día...» <i>Ramón Gelpí</i> | 23 |
| Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i> | 37 |
| Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i> | 38 |

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

DESDE que la Virgen se apareció a santo Domingo, para entregarle el Rosario y exhortarle a rezarlo y difundirlo han pasado siete siglos y nunca el Rosario ha dejado de ser la oración «preferida» de la Santísima Virgen. Su rezo nos hace conocer mejor los misterios de la vida de Jesús y, como dice san Luis M.^a Grignion de Montfort, acompañados de María. ¡Que más podemos pedir!

Nadie puede dudar de que los frutos de la oración tienen un efecto real en el mundo en que vivimos, pues el Señor insistió en «pedir y recibiréis». En el caso del rezo del Rosario, desde el primer momento, además de la santificación personal del fiel que lo reza, la Virgen misma le ha dado un fruto social. Así le dijo a santo Domingo que sería un arma irresistible contra la herejía albigense, y tres siglos más tarde, en el siglo XVI, el papa san Pío V, invocó a la Santísima Virgen, con el rezo del Rosario, para que liberara a toda la Europa cristiana, especialmente a la Iglesia, de la grave amenaza turca.

También en el siglo XVII, ante la amenaza del jansenismo y la Ilustración, san Luis M.^a Grignion de Montfort puso el Rosario como el arma para detener a la Revolución, como sucedió, años más tarde, en la Vendée.

Desde entonces todos los papas han insistido con mucha frecuencia en ello. Durante todo el siglo XIX, a medida que iba creciendo la frialdad en los corazones de los fieles y los enemigos de la religión iban haciéndose más fuertes, los romanos pontífices iban insistiendo en la devoción a María y, muy especialmente, en el rezo del Rosario, para volver a calentar la piedad filial de los creyentes, pues la misma Virgen había vuelto para recordarlo en Lourdes. Desde el beato Pío IX no han cesado los papas en predicar en encíclicas, documentos y sermones sobre el bien que representa para el pueblo cristiano el rezo del Rosario. Especialmente desde que León XIII decretó el mes de octubre, mes del Rosario, y recomendó su rezo como solución a todos los problemas de los hombres de nuestra época.

A pesar de las enseñanzas y advertencias de los romanos pontífices y muchos obispos, nuestra frialdad religiosa ha hecho que las fuerzas del infierno vayan ganando terreno y cada día más la paz sea un bien más lejano. Pero la misericordia y la paciencia de Dios es muy grande y en Fátima viene otra vez la Virgen a recordarnos lo mismo que nos está repitiendo desde hace siglos, pero ahora de un modo más claro: si no rezamos el Rosario, no habrá paz en el mundo y para que no haya ninguna duda de que esto es así nos dice lo que va a ocurrir si no hacemos caso de este mensaje.

No podemos dudar de la íntima relación que hay, desde que la Virgen lo dijo en Fátima, entre el rezo del Rosario y la paz en el mundo. Los romanos pontífices, desde entonces, han sido testigos de las profecías de la Virgen. El papa Juan Pablo II nos insistió en ello en su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* diciéndonos que el Rosario es una «oración orientada por su naturaleza a la paz» y «ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado».

«Las tinieblas de la herejía se disiparon y la luz de la fe católica brilló de nuevo»

Fragmento de la bula de san Pío V

«*Consueverunt romani pontifices*», de 17 de septiembre de 1569

En la historia de la devoción del santo Rosario destaca la insistencia con que los papas la han recomendado como una de las oraciones más excelsas y más eficaces. San Pío V (1566-1572), el papa de Lepanto, que había sido dominico, fijó de manera definitiva los quince misterios, en una fórmula que rigió hasta que, en 2002, Juan Pablo II añadió los cinco misterios de luz. Además, san Pío V pidió a los miembros de la Orden de Predicadores, fundada por santo Domingo de Guzmán, que difundiera la devoción del Rosario.



PARA superar más fácilmente las dificultades de la guerra y otras calamidades, tanto corporales como espirituales, y poder de esta manera en la paz servir a Dios con mayor serenidad y fervor, los romanos pontífices y otros Santos Padres que nos han precedido tuvieron siempre la costumbre de implorar la ayuda de Dios y de asegurarse la intercesión de los santos mediante súplicas y plegarias letánicas, elevando, como David, los ojos al cielo con la segura esperanza de recibir de ellos las ayudas prometidas. Siguiendo su ejemplo, como piadosamente se cree, bajo la inspiración del Espíritu Santo, así obró, en tiempos semejantes a los nuestros, el beato Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, al cual también Nos hemos pertenecido y del cual habíamos profesado la regla. En efecto, la herejía albigense assolaba entonces gran parte de Francia e Italia y había cegado de tal manera a los laicos que éstos se volvían furiosamente contra los sacerdotes de Dios y los clérigos. El beato Domingo, elevando los ojos al cielo, volvió su rostro a aquella dulce montaña que es la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, a aquella que sola, con el fruto de su vientre, aplastó la cabeza de la serpiente antigua y destruyó todas las herejías y salvó el mundo dañado por culpa de nuestros primeros padres... El beato Domingo inventó entonces aquel modo tan fácil y piadoso y accesible a

todos de rogar a Dios, llamado Rosario o Salterio de la Beata Virgen María, que consiste en venerar a esta Beata Virgen repitiendo ciento cincuenta

veces la salutación angélica, según el número de salmos de David, interponiendo entre cada decena el padrenuestro y algunas determinadas meditaciones, que ilustran la vida de Nuestro Señor Jesucristo. El beato Domingo propagó por todas partes en la Iglesia católica este modo de orar, y a través de sus hijos, los hermanos de la Orden, lo divulgó; lo cual fue acogido por muchos, y los fieles que acogieron con fervor esta plegaria, inflamados por aquellas meditaciones, quedaron transformados en otros hombres; las tinieblas de la herejía se disiparon y la luz de la fe católica brilló de nuevo. Los hermanos de la Orden, con el mandato de sus legítimos superiores, instituyeron aquí y allí las asociaciones del Rosario, en las cuales se inscribieron muchos fieles. Siguiendo los pasos de nuestros predecesores, también Nos, contemplando esta Iglesia militante, que Dios nos ha confiado, agitada hoy por tantas herejías y atrozmente desgarrada y afligida por la guerra y por la depravación moral de los hombres, elevamos los ojos llenos de lágrimas, pero también de esperanza, hacia aquella cumbre bendita (María), de la cual desciende todo socorro, e invitamos a todos los fieles, amonestándoles benévolamente en el Señor a hacer lo mismo.

Octubre, mes del Rosario

Fragmento de la encíclica «Supremi apostolatus», de León XIII, de 17 de septiembre de 1569

León XIII ha sido calificado como «el papa del Rosario». Durante todo su pontificado no dejó de insistir en la devoción al rezo del santo Rosario como un remedio para los males que aquejaban a la sociedad. Hasta doce encíclicas, sin contar los numerosos documentos de índole menor, escribió León XIII sobre el Rosario, casi siempre durante el mes de septiembre, para incitar al pueblo cristiano a celebrar el mes de octubre como mes del Rosario. Precisamente, esta práctica había sido instituida por este papa en la encíclica «Supremi apostolatus», a la que pertenece el siguiente fragmento.

EN tiempos críticos y angustiosos ha sido siempre el principal y solemne cuidado de los católicos refugiarse bajo la égida de María y ampararse a su maternal bondad; lo cual demuestra que la Iglesia católica ha puesto siempre y con razón en la Madre de Dios toda su confianza. En efecto, la Virgen, exenta de la mancha original, escogida para ser Madre de Dios y asociada por lo mismo a la obra de la salvación del género humano, goza cerca de su Hijo de un favor y de un poder tan grande que nunca han podido ni podrán obtenerlo igual ni los hombres ni los ángeles. Así pues, ya que le es sobremanera dulce y agradable conceder su socorro y asistencia a cuantos la pidan, desde luego es de esperar que acogerá cariñosa las preces que le dirija la Iglesia universal.

Mas esta piedad, tan grande y tan llena de confianza en la Reina de los Cielos, nunca ha brillado con más resplandor que cuando la violencia de los errores, el desbordamiento de las costumbres, o los ataques de adversarios poderosos, han parecido poner en peligro la Iglesia de Dios.

La historia antigua y moderna y los fastos más memorables de la Iglesia recuerdan las preces públicas y privadas dirigidas a la Virgen Santísima, como los auxilios concedidos por ella; e igualmente en muchas circunstancias la paz y tranquilidad pública, obtenidas por su intercesión. De ahí esos excelentes títulos de Auxiliadora, Bienhechora y Consoladora de los cristianos; Reina de los ejércitos y Dispensadora de la victoria y de la paz, con que se la ha saludado. Entre todos los títulos es muy especialmente digno de mención el del Santísimo Rosario, por el cual han sido consagrados perpetuamente los insignes beneficios que le debe la Cristiandad.

Ninguno de vosotros ignora, Venerables Hermanos, cuántos sinsabores y amarguras causaron a la Santa Iglesia de Dios a fines del siglo XII los heréticos albigenses, que, nacidos de la secta de los últimos maniqueos, llenaron de sus perniciosos errores el

Mediodía de Francia, y todos los demás países del mundo latino, y llevando a todas partes el terror de sus armas, extendían por doquiera su dominio con el exterminio y la muerte.

Contra tan terribles enemigos, Dios suscitó en su misericordia al insigne padre y fundador de la Orden de los dominicos. Este héroe, grande por la integridad de su doctrina, por el ejemplo de sus virtudes y por sus trabajos apostólicos, se esforzó en pelear contra los enemigos de la Iglesia católica, no con la fuerza ni con las armas, sino con la más acendrada fe en la devoción del santo Rosario, que él fue el primero en propagar, y que sus hijos han llevado a los cuatro ángulos del mundo. Preveía, en efecto, por inspiración divina, que esa devoción pondría en fuga, como poderosa máquina de guerra, a los enemigos, y confundiría su audacia y su loca impiedad. Así lo justificaron los hechos. Gracias a este modo de orar, aceptado, regularizado y puesto en práctica por la Orden de santo Domingo, principiaron a arraigarse la piedad, la fe y la concordia, y quedaron destruidos los proyectos y artificios de los herejes; muchos extraviados volvieron al recto camino y el furor de los impíos fue refrenado por las armas católicas empuñadas para resistirles.

La eficacia y el poder de esa oración se experimentaron en el siglo XVI, cuando los innumerables ejércitos de los turcos estaban en vísperas de imponer el yugo de la superstición y de la barbarie a casi toda Europa. Con este motivo el Soberano Pontífice Pío V, después de reanimar en todos los príncipes cristianos el sentimiento de la común defensa, trató, en cuanto estaba a su alcance, de hacer propicia a los cristianos a la Todopoderosa Madre de Dios y de atraer sobre ellos su auxilio, invocándola por medio del Santísimo Rosario. Este noble ejemplo que en aquellos días se ofreció a tierra y cielo, unió todos los ánimos y persuadió a todos los corazones; de suerte que los fieles cristianos decididos a derramar su sangre y a sacrificar su vida para salvar a la reli-

gión y a la patria, marchaban sin tener en cuenta su número al encuentro de las fuerzas enemigas reunidas no lejos del golfo de Corinto: mientras los que no eran aptos para empuñar las armas, cual piadoso ejército de suplicantes, imploraban y saludaban a María, repitiendo las fórmulas del Rosario y pedían el triunfo de los combatientes.

La Soberana Señora así rogada, oyó muy luego sus preces, pues que, empeñado el combate naval en las islas Echinadas, la escuadra de los cristianos, reportó, sin experimentar grandes bajas, una insigne victoria y aniquiló a las fuerzas enemigas.

Por este motivo, el mismo Santo Pontífice, en agradecimiento a tan señalado beneficio, quiso que se consagrara con una fiesta en honor de María de las Victorias el recuerdo de ese memorable combate, y después Gregorio XIII sancionó dicha festividad con el nombre del santo Rosario.

Asimismo en el siglo último alcanzáronse importantes victorias sobre los turcos en Temesvar, Hungría y Corfú, las cuales se obtuvieron en días consagrados a la Santísima Virgen, y terminadas las preces públicas del Santísimo Rosario. Esto inclinó a Nuestro predecesor Clemente XI a decretar para la Iglesia universal la festividad del santísimo Rosario.

Así pues, una vez demostrado que esta fórmula de orar es agradable a la Santísima Virgen y tan propia para la defensa de la Iglesia y del pueblo cristiano, como para atraer toda suerte de beneficios públicos y particulares, no es de admirar que varios de nuestros predecesores se hayan dedicado a fomentarla y recomendarla con especiales elogios. Urbano IV aseguró que el Rosario proporcionaba todos los días ventajas al pueblo cristiano; Sixto V dijo que este modo de orar cede en mayor honra y gloria de Dios, y que es muy conveniente para conjurar los peligros que amenazan al mundo; León X declaró que se había instituido contra los heresiarcas y las perniciosas herejías, y Julio III le apellidó loor de la Iglesia. San Pío V dijo también del Rosario que con la propagación de estas preces los fieles principiaron a enfervorizarse en la oración y que llegaron a ser hombres distintos de lo que antes eran; que las tinieblas de la herejía se disiparon, y que la luz de la fe brilló en su esplendor. Por último, Gregorio XIII declaró que santo Domingo había instituido el Rosario para apaciguar la cólera de Dios e implorar la intercesión de la bienaventurada Virgen María.

Inspirado Nos en este pensamiento y en los ejemplos de Nuestros predecesores hemos creído oportuno establecer preces solemnes, elevándolas a la Santísima Virgen en su Santo Rosario, para obtener de Jesucristo igual socorro contra los peligros que nos amenazan. Ya veis, Venerables Hermanos, las difíciles pruebas a que todos los días está expuesta la Iglesia; la piedad cristiana, la moralidad pública, la fe misma, que es el bien supremo y el principio

de todas las virtudes, todo está amenazado cada día de los mayores peligros.

No sólo sabéis cuán difícil es esta situación y cuánto sufrimos por ella, sino que también vuestra piedad os hace experimentar con Nos amarguras; pues es muy doloroso y lamentable ver a tantas almas rescatadas por Jesucristo, arrancadas a la salvación por el torbellino de un siglo extraviado y precipitadas en el abismo y en la muerte eterna. En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino como en la época en que el gran Domingo levantó el estandarte del Rosario de María, a fin de curar los males de su época. Ese gran santo, iluminado por la luz celestial, entrevió claramente que para curar a su siglo ningún remedio podía ser tan eficaz como el atraer a los hombres a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, impulsándoles a dirigirse a la Virgen, a quien está concedido el poder de destruir todas las herejías. La fórmula del santo Rosario la compuso de tal manera santo Domingo que en ella se recuerdan por su orden sucesivo los misterios de nuestra salvación, y en este asunto de meditación está mezclada y como entrelazada con la salutación angélica una oración jaculatoria a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Nos, que buscamos un remedio a males parecidos, tenemos derecho a creer que, valiéndonos de la misma oración que sirvió a santo Domingo para hacer tanto bien, podremos ver desaparecer asimismo las calamidades que afligen a nuestra época.

Por lo cual no sólo excitamos vivamente a todos los cristianos a dedicarse pública o privadamente y en el seno de sus familias a recitar el Santo Rosario y a perseverar en este santo ejercicio, sino que queremos que el mes de octubre de este año se consagre enteramente a la Reina del Rosario. Decretamos por lo mismo y ordenamos que en todo el orbe católico se celebre solemnemente en el año corriente con esplendor y con pompa la festividad del Rosario, y que desde el primer día del mes de octubre próximo hasta el segundo día del mes de noviembre siguiente, se recen en todas las iglesias curiales, y si los Ordinarios lo juzgan oportuno, en otras iglesias y capillas dedicadas a la Santísima Virgen, al menos cinco dieces del Rosario, añadiendo las Letanías Lauretanas. Deseamos asimismo que el pueblo concurra a estos ejercicios piadosos, y que, o se celebre en ellos el santo sacrificio de la Misa, o se exponga el Santísimo Sacramento a la adoración de los fieles, y se dé luego la bendición con el mismo. Será también de nuestro agrado que las cofradías del santísimo Rosario de María lo canten procesionalmente por las calles conforme a la antigua costumbre. Y donde por razón de las circunstancias esto no fuere posible, procúrese substituir con la mayor frecuencia a los templos y con el aumento de las virtudes cristianas.

El Rosario, remedio de los males sociales del siglo

Fragmento de la encíclica «Laetitiae sanctae», de León XIII, de 8 de septiembre de 1893

Cuando el 8 de setiembre de 1893, el papa León XIII publicó la encíclica «Laetitiae sanctae», sobre el santo Rosario, como él mismo dice, «no tiene como objetivo inmediato añadir alabanza a una forma de oración tan excelente de por sí, ni insistir sobre los fieles que la practiquen de una manera más santa», sino que quiere convencer a todo el pueblo cristiano de que «no sólo beneficiará poderosamente a los individuos, sino también y en general a toda la sociedad». Y así pasa a exponer los principales males de finales del siglo XIX, que han continuado siéndolo en el siglo XX, para llegar a un grado de extensión extremo a principios de nuestro siglo XXI.

El horror a la vida modesta y laboriosa

NADIE ignora cuánto hemos procurado, en virtud de nuestro apostolado supremo, contribuir al bien de la sociedad y cómo seguimos todavía dispuestos a ello, contando con la asistencia de Dios. Pues siempre hemos aconsejado a los gobernantes que no promulgaran leyes o impusieran su cumplimiento si dichas leyes no se hallaban de pleno acuerdo con la norma de absoluta equidad del espíritu de Dios; y a los ciudadanos destacados entre los demás por su talento, por méritos adquiridos, por alcurnia o riquezas, los hemos exhortado muy a menudo que, aunando sus esfuerzos y medios, defiendan y promuevan las mejores y más grandes cosas de la nación. Pero ciertamente son muchas las cosas por las que, tal como está constituida la sociedad civil, se debilitan los vínculos de la disciplina pública, y los pueblos se apartan de la justa honestidad de costumbres a que se ha de aspirar. Sobre todo, Nos estimamos que hay tres cosas perjudiciales en sumo grado para el bien común: *el horror a la vida modesta y laboriosa, el miedo a sufrir y el olvido de la vida futura que esperamos.*

Nos deploramos, y los mismos que lo reducen todo al brillo y provecho material espontáneamente lo confiesan y lamentan, que, con el abandono de los deberes y virtudes que constituyen lo más hermoso del vivir sencillo y corriente, se infiere a la sociedad humana una herida tremenda. A esto se debe ciertamente que los hijos rechacen sin pudor la obediencia debida por naturaleza, en las relaciones familiares y que no toleren otra disciplina sino la agradable y fácil. A ello que los obreros incumplan sus deberes, que rehúyan el trabajo y que, descontentos de su suerte, ambicionen más, exigiendo una impru-

dente igualdad de bienes; tales son las apetencias de muchos que, abandonando el campo en que nacieron, siguen los rumores de la ciudad y sus profusos atractivos. A ello el total desequilibrio de las clases sociales, que todo vacile, que los ánimos se retuerzan en el odio y en la envidia, que se viole descaradamente todo derecho y, finalmente, que los defraudados en sus esperanzas quebranten la paz con sediciones y revueltas y resistan a los que tienen la misión de asegurarla. Contra esto hay que buscar el remedio en el rosario mariano, que consta de un sistema fijo de oraciones y de piadosa meditación de los misterios de Cristo Salvador y de su santa Madre. En efecto, explíquense bien los misterios gozosos y preséntense ante los ojos de los hombres como cuadros e imágenes de las virtudes; vea cada cual a través de ellos cuán amplia y cuán sencilla cantidad de modelos, que cautivan el alma con admirable suavidad, se le ofrece para organizar una vida honestamente. —Contéplase en ellos la casa de Nazaret, aquel domicilio terrenal y divino de santidad. ¡Qué gran ejemplo de convivencia cotidiana! ¡Qué perfecta representación de una sociedad doméstica! Allí la sencillez y el candor de las costumbres; la perpetua armonía de sentimientos; ningún desorden, respeto mutuo; amor en fin, y no el fingido y mendaz, sino el plenamente vigoroso por la asidua perseverancia en el deber, que arrebatara las miradas de quienes lo contemplan. Aquí se da, sin duda alguna, el afán por lograr lo necesario para la alimentación y el vestido; pero esto con el sudor de la frente y por quienes, contentos con poco, más bien trabajan para necesitar menos que para tener más. Y, sobre todo, absoluta paz de espíritu, con la consiguiente alegría del alma; dos cosas que acompañan siempre a la conciencia del bien obrar. —Los ejemplos de estas virtu-

des, esto es, la modestia y la humildad, la paciencia en los trabajos y la benevolencia para con los demás, el cumplimiento de los deberes sencillos de la vida cotidiana y todos los demás, tan pronto como arraiguen en los espíritus, harán surgir poco a poco, con toda seguridad, el anhelado cambio en la manera de pensar y en las costumbres. Entonces las obligaciones propias de cada cual, lejos de resultar aborrecibles y molestas, se harán gratas y atrayentes; y, con el rocío de una cierta satisfacción, la conciencia del deber impulsará con más ahínco a obrar honradamente. Gracias a ello, se suavizarán las costumbres por doquiera, la convivencia doméstica se fundamentará en el amor y el cariño, y el trato con los demás implicará más de caridad y de respeto. Si todo esto se extiende desde el individuo en particular a las familias, a la sociedad y a los pueblos en general, de modo que estas enseñanzas informen la vida, es evidente que habrán de sobrevenir a la sociedad grandes beneficios.

El miedo a sufrir

EL segundo mal, ciertamente funestísimo, que nunca deploraremos bastante, puesto que pervierte más y más cada día a las almas, es el de rechazar el dolor, el de rechazar ásperamente las cosas adversas y duras. Pues que la mayor parte de los hombres no consideran ya, como debe ser, que la tranquila libertad de los espíritus es como un premio ofrecido a quienes, triunfando de los peligros y trabajos, gozan del don de la virtud, sino que sueñan con una perfección imaginaria de la sociedad, en la que, eliminado todo lo desagradable, se reúna

el conjunto de las delicias de esta vida. Ciertamente que con un tan vivo y desenfadado deseo de placer, es fácil que flaquee el carácter; y, si no se pierde por completo, al menos se enerva, hasta ceder y sucumbir abyecta y miserablemente ante los males de la vida. También en este peligro hay que

esperar extraordinaria ayuda para fortalecer el espíritu del rosario mariano (¡tanta es la eficacia del ejemplo!) si desde la más tierna infancia y asiduamente después se repasan en callada y dulce meditación los llamados misterios dolorosos. Vemos a través de ellos que Cristo, autor y perfeccionador de nuestra fe, comenzó por hacer y enseñar que buscáramos en Él el ejemplo de cuanto nuestra naturaleza nos ha enseñado de trabajos y dolores, y hasta tal punto, que con decidida voluntad quiso tomar lo más difícil de sufrir para sufrirlo en sí mismo. Lo vemos abatido por la tristeza, hasta manar sangre, cual si fuera sudor, de todos sus miembros.

Lo vemos preso como los ladrones, siendo sentenciado por perversos, convertido en blanco de inhumanos ultrajes, acusado de delitos falsos. Lo vemos recibiendo azotes, coronado de espinas, clavado en una cruz, tenido por indigno de vivir y por digno de morir ante las turbas rugientes. Contemplamos, además, la aflicción de la Madre santísima, cuya espada de dolor no sólo hirió, sino que traspasó su alma, de modo que se la llame, y en efecto sea, Madre de Dolores. Quien contemple, no con los ojos sólo, sino en frecuente meditación, modelos de tan excelsa virtud, ¡cómo arderá en deseos de imitarlos! Sea maldita la tierra y germine espinas y abrojos, sienta el alma abatida por el sufrimiento y el cuerpo acosado por las enfermedades, para él no habrá mal traído por la envidia de



los hombres o por la ira del demonio, ni infortunio público o privado al que no puede sobreponerse soportándolo. De aquí que se haya dicho acertadamente: «De cristiano es hacer y padecer grandes cosas; pues todo el que se tenga de verdad por cristiano, no puede menos de seguir a Cristo paciente». Hemos dicho paciencia, y no nos referimos a la vana ostentación del ánimo endurecido para el dolor, que fue propia de algunos filósofos de la antigüedad, sino a la que, tomando ejemplo de quien, habiéndole sido ofrecida la felicidad, cargó con la cruz, despreciando el dolor, y pidiéndole los necesarios auxilios de la gracia, no rehuse sufrir las cosas arduas, antes bien las desee con alegría y considere como un premio el sufrimiento, por grande que éste fuere. El catolicismo ha tenido y tiene por todas partes, como preclaros discípulos de esta doctrina, a muchos hombres y mujeres de todas las clases sociales que, siguiendo las huellas de Cristo Nuestro Señor, sufrieron injurias y aflicciones de todo orden en defensa de la virtud y de la religión, haciendo suyo, más con hechos que con palabras aquella expresión de Tomás Dídimo: «Vamos también nosotros y muramos con Él». ¡Que se multipliquen espléndidamente más y más estos ejemplos de insigne constancia, con lo que crezca la seguridad de la sociedad y el vigor y gloria de la Iglesia!

El olvido de la vida futura

EL tercer capítulo de males a que se ha de buscar remedio se manifiesta especialmente en los hombres de nuestro tiempo. Los de otras épocas, aun cuando amaran las cosas terrenales incluso más viciosamente, no despreciaban al menos tan por completo las cosas del cielo; los mismos sabios de entre los paganos enseñaron, como cosa admitida, que para nosotros la vida es un hospedaje y no una morada; un alojamiento de paso y no un domicilio. Ahora, en cambio, hay muchísimos hombres que, a pesar de instruidos en la ley cristiana, persiguen los inestables bienes de esta vida en forma tal, que quisieran no ya borrar de su memoria esa superior patria de la vida sempiterna, sino hasta destruirla y aniquilarla como una suma ignominia, sin atender la advertencia de san Pablo: «No tenemos aquí la patria definitiva, sino que buscamos la futura». Si se buscan las causas de tal estado de cosas, se hallará, en primer lugar, que muchos viven persuadidos de que con la idea de las cosas futuras se postergan el amor y la prosperidad de la patria terrena y de la sociedad; pero nada más odioso ni más equivocado. La naturaleza de las cosas que esperamos no es, en efecto, de tal índole que arrebatase las mentes de los hombres hasta el ex-

tremo de apartarlas por completo de las atenciones de los bienes presentes, ya que Cristo mandó, en efecto, que se buscara el reino de Dios, y en primer lugar indudablemente, pero no dejando a un lado lo demás. Puesto que, en el uso de las cosas presentes y en los honestos placeres que de ellas pueden obtenerse, si ayudan al desarrollo y premio de las virtudes, e igualmente en el esplendor y culto de la sociedad terrena, con que brilla magníficamente la unión de los mortales, si imita el esplendor y culto de la sociedad celestial, nada hay que desdiga de la condición humana ni nada que se oponga a los planes divinos. Pues Dios es el autor de la naturaleza y de la gracia, no para que la una se oponga a la otra y luchen entre sí, sino para que marchen unidas en amistosa alianza, y bajo la conducta de ambas alcancemos nosotros, finalmente, por un camino más fácil, aquella imperecedera felicidad para que hemos nacido los mortales. Pero los hombres dados a los placeres, sin más amor que el de sí mismos, que someten servilmente y sin excepción sus pensamientos a las cosas caducas, hasta no poder elevarse sobre éstas, éstos, más bien que apetecer los bienes eternos en vez de los visibles que disfrutan, pierden por completo hasta la perspectiva misma de la eternidad, caídos en la condición más indigna. Y no ha podido la divina voluntad castigar a los hombres con pena más grave que permitirles pasar toda la vida persiguiendo los halagos de los placeres, sin acordarse de los bienes eternos. Pero de este peligro se verá libre, sin duda alguna, el que, practicando la devoción del Rosario, traiga frecuentemente a la memoria y atentamente medite los misterios gloriosos que en él se proponen. Ya que en tales misterios se proporciona a las mentes cristianas una muy clara luz para percibir aquellos bienes que, no obstante escapar a la mirada de los ojos, nos consta con certeza que ha preparado Dios para los que le aman. Ellos nos enseñan que la muerte no es destrucción que todo lo destruye y aniquila, sino una emigración y un cambio de vida. Ellos, que el camino del cielo está abierto para todos y, cuando vemos a Cristo que regresa allá, recordamos su feliz promesa: «Voy a prepararos el lugar». Ellos, que ha de venir un tiempo en que Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos, y ni el llanto, ni las lamentaciones, ni el dolor volverán a existir más, sino que estaremos siempre en presencia del Señor, semejantes a Dios, pues lo veremos como es, gozando del torrente de su felicidad y conciudadanos de los santos, en comunión beatísima con la gran Reina y Madre. Contemplando estas cosas, el alma necesariamente se inflama y repite aquello del varón santo: «¡Qué sórdida me parece la tierra cuando contemplo el cielo!»; o también, y a modo de consue-

lo, que lo momentáneo y leve de nuestra tribulación presente opera en nosotros el peso de la gloria eterna. Esta es, realmente, la única razón de unir este tiempo presente con la eternidad, la patria terrenal con la del cielo; la única con que las almas se hacen fuertes y excelsas. Las cuales, si se logra reunir las en gran cantidad, harán estable la dignidad y grandes a las naciones; florecerán lo verdadero, lo bueno y lo bello, expresados en conformidad con aquella norma que es supremo principio y fuente perenne de toda verdad, de toda bondad y de toda belleza.

Las cofradías del Rosario

VEAN todos, pues, lo que dijimos ya al principio: cuán fecunda en beneficios es la virtud del Rosario mariano y qué poder tan maravilloso tiene para curar los males de nuestro tiempo e impedir perjuicios gravísimos a la sociedad. Como es fácil de ver, sin embargo, percibirán esta virtud de una manera más señalada y con mayor abundancia los que, agrupados en las sagradas cofradías del Rosario, se entregan, más que los restantes, a una peculiar y fraterna unión entre sí y al culto de la Virgen Santísima. Pues estas cofradías, reconocidas por la autoridad de los Romanos Pontífices y favorecidas por ellos con privilegios y concesiones de indulgencias, se rigen públicamente por regla y dirección propias, celebran sus juntas en fechas determinadas, están dotadas de los mejores medios para desarrollarse santamente y ser útiles incluso a la sociedad humana. Son como escuadrones y unidades de un ejército que libran las batallas de Cristo a través de sus santísimos misterios, bajo el amparo y dirección de la Reina de los cielos; en todo tiempo, en efecto, ha sido claramente patente, y sobre todo en las Equinadas, cuán propicia se muestra Ella a sus súplicas, ritos y pompas. Por consiguiente, es preciso que trabajen y luchen

con ardor en fundar, ampliar y reorganizar dichas cofradías, no sólo los hijos de santo Domingo, que deben hacerlo, sobre todo, por propia constitución, sino también cuantos tienen a su cargo cura de almas, y, de manera especial, en las casas religiosas donde se hallaren ya legalmente constituidas. Y es también nuestro más vivo deseo que trabajen igualmente en este sentido los misioneros, tanto los que van a llevar la fe a tierras de bárbaros cuanto los que se ocupan de confirmarla entre las gentes civilizadas. Con el estímulo mutuo de todos sobre todos, no dudamos que muchos fieles cristianos se mostrarán dispuestos o a inscribirse en alguna de estas cofradías o a interesarse anhelantemente por alcanzar esos beneficios íntimos de que hemos hablado, es decir, los que se contienen en la esencia y hasta cierto punto en el modo mismo de practicar el Rosario. Y del ejemplo de los cofrades brotará una mayor reverencia y piedad para con la práctica del Rosario en los demás fieles, que, estimulados de esta manera, pondrán mayor interés en participar de la abundancia de esos mismos saludables bienes, lo que Nos deseamos tan ardentemente...

Abrigamos, pues, esta esperanza; su luz nos guía y nos sentimos con nuevas fuerzas en medio de tan grandes daños de la sociedad; que la inventora y maestra del Rosario, María, Madre de Dios y de los hombres, a la que dirigimos nuestras súplicas, haga que todo se cumpla plenamente. Y confiamos que ha de ser con la ayuda de todos vosotros, venerables hermanos, que nuestras enseñanzas y deseos se conviertan en prosperidad de las familias y en paz y toda clase de bienes para los pueblos. Entre tanto, como feliz presagio de divinos dones y como testimonio de nuestra benevolencia, impartimos amantísimamente en el Señor a cada uno de vosotros, al clero y a vuestro pueblo la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 8 de septiembre de 1893, año decimosexto de nuestro pontificado.



«Ante todo, esperamos de la virtud del Rosario abundante ayuda para amplificar el Reino de Cristo»

Fragmento de la encíclica «Adjutricem populi», de León XIII, de 5 de octubre de 1895

León XIII se congratula de que la devoción al santo Rosario se extienda entre el pueblo cristiano y espera como primer beneficio de este arraigo la extensión del Reino de Cristo.

CONVENIENTE es celebrar con mayor magnificencia cada día las alabanzas de la Virgen Madre de Dios, poderosa y clementísima ayuda del pueblo cristiano, e implorarla con redoblada confianza: aumenta los motivos, en efecto, de confianza y de alabanza la variada abundancia de beneficios que por ella afluyen más cada día para el bien común, y que se difunden por todas partes. A tanta benevolencia no podían faltar los actos de devoción por parte de los católicos, cuando, en estos acerbos tiempos para la religión, vemos más que nunca promovido en todo lugar un amor y un culto fervorosos a la bienaventurada Virgen.

Entre todo ello, nos es grato recordar especialmente cómo, entre las muchas formas de la piedad mariana, se vigoriza y extiende el aprecio y la práctica del santo Rosario, este modo de orar tan excelente. Esto, decimos, nos es muy agradable, porque si hemos dedicado una parte no pequeña de nuestra solicitud a promover el Rosario, vemos con claridad cuán benignamente ha acogido nuestros deseos la implorada Reina de los Cielos; confiando que de tal manera ella nos asistirá en adelante, que suavizará las preocupaciones y males que los tiempos que se acercan han de traer consigo. Pero, ante todo, esperamos de la virtud del Rosario abundante ayuda para amplificar el Reino de Cristo.

* * *

EL misterio de la gran caridad de Cristo para con nosotros se muestra de modo especialmente claro cuando, moribundo, quiso dejar su propia Madre a su discípulo Juan como suya, en un testamento, memorable: «He ahí a tu hijo.» La Iglesia ha pensado en todo momento que en Juan designó Cristo la persona de todo el género humano, y en primer lugar la de aquellos que le estarían unidos por la fe; comentando esta sentencia, dice san Anselmo de Canterbury: «¿Qué puede haber digno de mayor estima que tú, oh, Virgen, seas la Madre de aquellos de quienes Cristo se ha dignado ser

Padre y hermano?» De este oficio singular y laborioso ella tomó sobre sí magnánimamente las obligaciones, comenzándolas a cumplir ya en el Cenáculo. Las primicias del pueblo cristiano, ya con la santidad de su ejemplo, ya con la autoridad de su consejo, ya con la suavidad de sus consuelos, ya con la eficacia de sus santas oraciones, fomentólas admirablemente; siendo con toda verdad Madre de la Iglesia y Maestra y Reina de los Apóstoles, comunicándoles algo de los oráculos divinos que «conservaba en su corazón».

Es imposible casi decir cuán amplia y poderosamente se aumentó todo esto al ser Asunta junto a su Hijo y elevada así a lo más alto de la gloria celestial, según convenía a su dignidad y a la excelsitud de sus méritos. Porque desde allí, según el plan divino, de tal modo comenzó a cuidar de la Iglesia, y a asistirnos y protegernos como Madre, que, habiendo sido cooperadora en la realización del misterio de la humana redención, lo fuese igualmente en la distribución de las gracias que en todo tiempo nos habrían de provenir del mismo, gozando de un poder casi infinito. De aquí que con toda razón las almas cristianas se sientan llevadas a María, como por cierto connatural impulso; comunícanle confiadamente sus planes y sus obras, sus tristezas y sus gozos; y confían filialmente a su bondad y cuidado sus personas y todas sus cosas. De aquí que con toda justicia se le tributen, en toda nación y rito, grandes alabanzas, que aumentan con el sufragio de los siglos; entre muchas, las de «Señora nuestra», «Mediadora nuestra», «Reparadora de todo el orbe», «Dispensadora de los dones de Dios».

Y toda vez que el principio y fundamento de los dones divinos, por los cuales el hombre se eleva sobre el orden natural para poder participar de los bienes eternos, es la fe, para poder adquirir y fomentarla debidamente, con razón se ensalza la oculta acción de aquella que dio al mundo al «Autor de la fe» y que por su fe mereció ser saludada como bienaventurada: «Nadie, oh Santísima, se llena de conocimiento de Dios si no es por ti; nadie que se salve

sin ti, oh Madre de Dios; nadie que consiga el don de la misericordia, si no por ti.» Ni exagerará quien afirme que fue ante todo por su providencia y auxilio que la sabiduría y las costumbres evangélicas alcanzaran tan rápida difusión en todas las naciones entre tan enormes asperezas y obstáculos, introduciendo por doquier un orden nuevo de justicia y de paz. Lo cual movía el espíritu de san Cirilo de Alejandría y su oración, cuando se dirige a la Virgen diciendo: «Por ti los Apóstoles predicaron la salvación a las naciones...; por ti la cruz preciosa es venerada y adorada en todo el orbe...; por ti son ahuyentados los demonios, y el hombre es llamado de nuevo al cielo; por ti, toda criatura que está retenida aún en el error de los ídolos se convierte al conocimiento de la verdad; por ti alcanzaron los fieles el bautismo, y se han fundado Iglesias en todas las naciones».

Muchos y asaz conocidos son los hechos, a veces milagrosos, que demuestran lo que hemos dicho. En todo lugar o tiempo en que era muy de temer que la fe o languidecería por la tibieza, o sufriría la prueba de la peste fatídica del error, siempre se mostró presente la benignidad de la gran Virgen, para socorrernos. Movidos y sostenidos por ella, aparecieron varones preclaros por su santidad y espíritu apostólico, que resistieron a los asaltos de los malos, y condujeron a los ánimos a la piedad de una vida cristiana, inflamándolos en esta piedad. Uno entre muchos, santo Domingo de Guzmán, trabajó con éxito en ambas cosas, confiado en el Rosario. Nadie pondrá en duda cuánto redundan en la Madre de Dios los méritos de los venerables Padres y Doctores de la Iglesia, que tan egregiamente consiguieron defender e ilustrar la verdad católica. Todos ellos confiesan agradecidos que de ella, «sede de la Sabiduría», les provino abundancia de sabias razones, y que por ella, no por sí mismos, fue vencida la perversidad del error. Finalmente, tanto los príncipes cristianos como los romanos pontífices, ya para emprender una guerra santa los primeros, ya, los segundos, para dictar sus decretos, imploraron el nombre de nuestra divina Madre, sin que nunca dejasen de sentirlo poderoso y propicio. Por lo cual, con no menos verdad que belleza, la Iglesia y los Padres dan gracias a María: «Ave, boca de los Apóstoles que nunca calla, sustentáculo estable de la fe, muralla inmovible de la Iglesia; ave, por quien hemos sido contados entre los ciudadanos de la Iglesia una, santa, católica y apostólica; ave, fuente que mana divinamente, de la que brotan los ríos de la sabiduría divina y con sus límpidas aguas de ortodoxia arrastran el ejército de los errores; gózate tú, que por ti sola has destruido en el mundo todas las herejías.» Esta gran parte que a la excelsa Virgen cupo y le sigue cabiendo en el avance, en las batallas y en las victorias de la fe católica, pone más de manifies-

to los planes de la divina Providencia respecto a ella, y debe levantar a todos los buenos a una gran esperanza: que las naciones cristianas tengan todas un mismo pensar y la fuerza de una perfecta caridad una sus voluntades.

¡Hay que confiar en María, hay que suplicar a María! ¿Qué no podrá hacer ella para la consecución de esta nueva y deseada honra para la religión: que las naciones cristianas, por la profesión de una misma fe, tengan todas un mismo pensar, y que estén unidas de voluntad por la fuerza de una misma caridad? ¿No querrá convertir en realidad, por ventura, el que las naciones –cuya unidad perfecta tan intensamente rogó su Unigénito al Padre, llamándoles, por un solo bautismo, a participar de una misma herencia de salud, a tan alto precio conseguida– avancen todas, unánimemente, hacia su admirable luz? ¿No va a querer ella desplegar toda su bondad y providencia ya para que la Iglesia, Esposa de Cristo, pueda descansar de sus constantes trabajos, ya para llevar a complemento el bien de la unidad en la familia cristiana, fruto insigne de su maternidad?

Parecen confirmar los auspicios de que no tardará mucho en realizarse ello, la opinión y confianza que está caldeando los ánimos de los fieles de que María, ante todo, ha de ser el vínculo dichoso; su firme y suave fuerza venga a formar con todos aquellos, sean los que sean y estén donde estén, que aman a Cristo, un solo pueblo fiel a su Vicario en la tierra, el Romano Pontífice, como a su Padre común.

Al pensar esto, la mente se remonta por los fastos de la Iglesia a aquellos nobilísimos ejemplos de la unidad primera, deteniéndose gustosamente en el gran Concilio de Éfeso. La profesión de una misma fe que unía por aquel entonces a Oriente y Occidente pareció afirmarse con vigor singular y resplandecer con gloria más pura cuando los Padres del Concilio sancionaron como dogma que María es Madre de Dios. La noticia, al divulgarse desde tan religiosa ciudad, que exultaba por ello, llenó a todo el orbe cristiano de una misma y extraordinaria alegría.

Por tantas causas, se alimenta y crece la confianza de que la potente y benignísima Virgen nos concederá lo que esperamos, y crecen los estímulos a esforzarnos en persuadir a los católicos que la invoquen para ello. Piensen en su fuero interno cuán bello y provechoso para ellos, y cuán acepto y agradable ha de ser para la misma Virgen. Porque, siendo como son partícipes de la unidad de la fe, declaran el gran aprecio en que tienen este beneficio, y su decisión de custodiarlo santamente. Ni encuentran mejor manera de probar a los disidentes su fraternal afecto que procurando con todo empeño que ellos recuperen este bien inapreciable.

Porque este cristiano amor fraterno hacia los separados, que palpita en todas las páginas de la historia de la Iglesia, siempre ha buscado su fundamento

y su vigor en la Madre de Dios, como la mejor artífice de la paz y de la unidad.

Con estas palabras la imploraba san Germán de Constantinopla: «Acuérdate de los cristianos que son tus siervos; recomienda las preces de todos, ayúdales en sus esperanzas; consolida la fe, unifica a las Iglesias.» También es de los griegos esta súplica: «Oh, Purísima, a quien ha sido dado acercarte a tu Hijo sin temor de ser rechazada; ruegale, oh, Santísima, que conceda la paz al mundo, e infunda a las Iglesias un mismo pensar; de suerte que todos le alabemos por ello.»

Hay una nueva causa que viene a añadirse a lo dicho, para que María nos atienda con mayor indulgencia, cuando le pedimos el perdón de las naciones disidentes: los grandes méritos que tienen para con ella, sobre todo las orientales. Mucho se les debe, en efecto, de la propagación y consolidación de su culto; hubo entre ellos notables expositores y defensores de su dignidad, gravísimos por su autoridad y escritos; panegiristas insignes por el ardor y suavidad de sus sermones; emperatrices muy queridas de Dios, por haber imitado la integérrima Virgen, honrándola con su munificencia, levantando en su honor templos y basílicas en las que se le tributase un culto verdaderamente real. Nos place añadir aún algo que no es ajeno a lo que tratamos y es glorioso para la Santa Madre de Dios. Nadie ignora que augustas imágenes suyas, en diversas circunstancias de tiempo, fueron traídas a Occidente en gran número, especialmente a Italia y a Roma, y que nuestros antepasados las recibieron con extraordinaria religiosidad y las honraron con magnificencia, y sus hijos, con émula piedad, las siguen teniendo como muy venerables. En este hecho, el espíritu se siente llevado a reconocer una como señal y gracia de tan celosa Madre. Parece, en efecto, que aquellas imágenes permanecen entre nosotros como testimonio de aquellos tiempos en que la familia cristiana en todas partes conservaba una completa unidad, y como prenda querida de la común herencia; su vista, como si la Virgen misma nos advirtiese, parece invitar a los ánimos al recuerdo piadoso de aquellos que la Iglesia católica llama de nuevo amantísimamente a la primitiva concordia y alegría de su abrazo.

Así, la obra de la unidad cristiana ha recibido de Dios un apoyo eficacísimo en María. Y ya que no existe una forma especial de plegaria para obtenerlo, creemos que el Santo Rosario es la forma mejor y más fructífera de obtenerlo. Siendo María la mejor de todas las madres, no puede por menos de enternecerse profundamente y sentirse movida a compasión por los hombres que conmemoran sus misterios. Por ello Nos decimos que la práctica del Rosario será un medio excelente para alcanzar su misericordia en favor de los cismáticos, ya que esta oración se relaciona íntimamente con su misión de

Madre. María no ha podido concebir sino en una misma fe y en un mismo amor a aquellos que son de Cristo: pues, «¿acaso Cristo está dividido?» Todos debemos vivir la vida de Cristo para que «fructifiquemos en Dios», formando parte de un solo y mismo Cuerpo.

Todos cuantos, por funestas circunstancias, se han separado de esta unidad merecen que esta misma Madre, que ha recibido el don de dar a luz continuamente una santa descendencia, los alumbré de nuevo de alguna manera en Cristo. Esto es algo sin duda que ella desea vehementemente; y por las coronas de oraciones que nosotros le ofrecemos, les obtendrá sin duda abundantemente los auxilios del Espíritu vivificante. Los cuales ojalá no resistan a la voluntad de tan misericordiosa Madre que quiere socorrerles, y, preocupándose de su salvación, la oigan con buena voluntad que suavísimamente les llama:

«Hijitos míos, que estoy dando a luz de nuevo hasta tanto se forme Cristo en vosotros.»

* * *

NUESTRA exhortación concluye ya por donde había empezado. ¡Ea! Que los Pastores y los rebaños todos recurran con plena confianza a la protección de la gran Virgen. No dejen de suplicarla y rogarla, pública y privadamente, con sus oraciones, alabanzas y votos, invocándola todos a una, como Madre que es de Dios y nuestra:

«*Monstra te esse Matrem!*», muestra que eres Madre. Que su maternal clemencia conserve libre de todo peligro a toda su familia, la lleve a una prosperidad digna de tal nombre, y, sobre todo, la fundamente en una santa unidad. Que ella mire con benevolencia a todos los católicos de todas las naciones; y unidos entre sí por los lazos de la caridad, les haga más prontos y más constantes en sostener el honor de la religión, en lo que se contiene a la vez los mayores bienes de la sociedad civil.

Que vuelva los ojos compasiva hacia los disidentes, naciones poderosas e ilustres; que levante en ellos saludables deseos; que, levantados, los conserve, y conservados los lleve a perfección. Para los separados del Oriente, que les valga la piedad tan efusiva que le profesan, así como los numerosos y notables hechos que sus mayores realizaron en su gloria. Para los separados de Occidente, que les valga el recuerdo de su beneficentísimo patrocinio, por el cual ella aprobó y recompensó la piedad, eximia durante largo tiempo, que tuvieron hacia ella todos los órdenes de la sociedad.

A unos y a otros, y en general a todos, dondequiera que habiten, que les sirva de ayuda la voz de todos los pueblos católicos, y la nuestra, que clama, desde lo más profundo del corazón: «*Monstra te esse Matrem!*», Muestra que eres Madre.

El Salterio a través de los siglos

GERARDO MANRESA PRESAS

El Rosario, plegaria preferida de la Santísima Virgen

EN la antigüedad los romanos y los griegos solían coronar con rosas las estatuas que representaban a sus dioses como símbolo del ofrecimiento de sus corazones. Notemos que la palabra rosario significa «corona de rosas». Siguiendo esta tradición, las mujeres cristianas que eran llevadas al martirio por los romanos marchaban por el Coliseo vestidas con sus ropas más valiosas y con sus cabezas adornadas con una corona de rosas, como símbolo de alegría y de la entrega de sus corazones al ir al encuentro con Dios. Por la noche, los cristianos recogían sus coronas y por cada rosa, recitaban una oración o un salmo por el eterno descanso del alma de las mártires.

El rezo de los 150 salmos era la oración que la Iglesia en los primeros siglos, como ahora, recomendaba por ser sumamente agradable a Dios y fuente de innumerables gracias para aquellos que los rezan. Sin embargo, esta recomendación solo la podían seguir las personas cultas y letradas, pero no la mayoría del pueblo cristiano. Por ello hacia el siglo VIII la Iglesia sugirió que aquellos que no supieran leer, sustituyeran los 150 salmos por 150 Avemarías. El avemaría, en aquella época, constaba únicamente de las palabras dichas por el ángel en la Anunciación y las de Isabel en Ain-Karim: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.»

Así los laicos podían acompañar a los monjes durante el rezo de los salmos.

Santo Domingo y el Salterio

A finales del siglo XII se extendió por el sur de Francia la herejía cátara y Domingo decidió quedarse allí para combatirla. El papa Inocencio III proclamó una cruzada para conseguir reducir la herejía, para que así los cristianos no se vieran atacados por ella.

Santo Domingo, como sacerdote, prefirió la acción pacífica a los horrores de la guerra, por lo que se dio a la tarea de convertir a los que se habían apartado de la Iglesia por la herejía albigense. Trabajó por años en medio de estas personas y por me-

dio de sus predicaciones, oraciones y sacrificios, logró convertir a unos pocos; pero muy a menudo estas personas se retractaban debido al temor de ser ridiculizados, a pasar trabajos forzados o recibir algún tipo de represalia. Domingo dio inicio también a una orden religiosa para las mujeres jóvenes convertidas en un convento que se encontraba en Prouille, junto a una capilla dedicada a la Santísima Virgen.

Según dice la tradición, cansado del poco fruto que obtenía con sus predicaciones se retiró a un bosque próximo a Fangeaux a orar y hacer penitencia. Tras tres días de retiro en este lugar, se le apareció la Santísima Virgen acompañada de tres princesas del cielo y le dijo:

«¿Sabes tú, mi querido Domingo, de qué arma se ha servido la Santísima Trinidad para reformar el mundo?»

- *Oh, Señora*, respondió él, *vos lo sabéis mejor que yo, porque después de vuestro Hijo Jesucristo fuisteis el principal instrumento de nuestra salvación».*

Ella añadió: «*Sabe que la pieza principal de la batería fue la salutación angélica, que es el fundamento del Nuevo Testamento. Por tanto si quieres ganar para Dios esos corazones endurecidos, reza mi Salterio».*

La Virgen reveló: «*Sólo si la gente considera la vida, muerte y gloria de mi Hijo, unidas a la recitación del avemaría, los enemigos podrán ser destruidos. Es el medio más poderoso para destruir la herejía, los vicios, motivar a la virtud, implorar la misericordia divina y alcanzar protección. Los fieles obtendrán muchas ganancias y encontrarán en mí a alguien siempre dispuesta y lista para ayudarles.»*

Santo Domingo contaba que vio a la Virgen sosteniendo en su mano un rosario y que le enseñó a recitarlo; dijo que lo predicara por todo el mundo, prometiéndole que muchos pecadores se convertirían y obtendrían abundantes gracias. El Santo se levantó muy consolado y abrasado de celo por el bien de estos pueblos, entró en la catedral y en ese momento sonaron las campanas (por intervención de los ángeles) para reunir a los habitantes.

Al principio de la predicación se levantó una espantosa tormenta, la tierra tembló, el sol se nubló y los repetidos truenos y relámpagos hicieron estremecer y palidecer a los oyentes.

La tormenta cesó al fin por las oraciones de Santo Domingo. Continuó su discurso y explicó con tanto fervor y entusiasmo la excelencia del santo Rosario, que los moradores le abrazaron casi todos, renunciando a sus errores, viéndose en poco tiempo, un gran cambio en la vida y costumbres de la ciudad. Desde entonces el rezo del Rosario se extendió por toda la Iglesia y mantuvo su fervor más de cien años, decayendo después.

El avemaría completa

EN el siglo XIV, los cistercienses intercalaron el padrenuestro y añadieron después de las palabras de Isabel, el nombre de «Jesús».

En el siglo XV, el fraile dominico Alan de la Roche (1428-1475), superior de la provincia de Francia donde había comenzado la devoción al Rosario, tuvo una aparición de la Virgen y santo Domingo en la que le pidieron que volviera a propagar esta plegaria entre los fieles cristianos para remediar todo mal. Fray Alan, junto con su comunidad y toda la orden de los dominicos recomenzaron esta labor. Dio al Rosario la forma con las decenas y eligió los quince misterios. Con su labor apostólica consiguió la fundación de las primeras cofradías. También en estos años y debido a su labor, la Iglesia completó el avemaría con la parte final. «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...», de forma que puede decirse con propiedad que el Rosario es anterior al avemaría.

La primera aprobación papal del Rosario así configurado, apenas se hizo esperar y en 1479 Sixto IV exhortó su rezo y pocos años después Inocencio VIII, en 1485, publica la bula *Sacer Praedicatorum Ordo* concediendo indulgencias.

A partir de entonces se extienden cofradías por muchas partes, cuya principal misión será la obligación del rezo del Rosario. Los dominicos serán los principales difusores. Así en la evangelización de América ésta fue una de sus principales funciones.

Las fiesta de Nuestra Señora del Rosario

EN 1569, el papa san Pío V, en la bula *Consueverunt romani pontífices* estableció la forma del rezo del Rosario que se ha mantenido hasta ahora. Apenas dos años después de esta bula, la amenaza turca a Europa y, muy especialmente, a la península italiana hacen que el papa san Pío V pidió a toda la Iglesia la intercesión de la Virgen, por medio del rezo del Rosario, para obtener la

victoria. Y así sucedió en la batalla de Lepanto. A partir de entonces se instituyó la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Esto hizo que la devoción del Rosario se propagara mucho.

Pero a partir de finales del siglo XVII y siglo XVIII, la Ilustración y el jansenismo hacen enfriar la piedad de muchos fieles y, después de la Revolución francesa, ha de ser la Virgen quien vuelva a recordarnos lo mismo que seis siglos antes y apareciéndose a una niña, Bernadette, en Lourdes y diciéndole que rece el Rosario se lo enseña a rezar.

La Virgen y el Rosario siete siglos después

DESDE entonces los papas no cesan de insistir en el rezo del Rosario. León XIII, especialmente, puede llamarse el papa del Rosario. En 1883 declara el mes de octubre, en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, el mes del Rosario y desde entonces año tras año dedica una encíclica al Rosario para animar y exhortar a los cristianos a su rezo. León XIII, durante su pontificado, escribió once encíclicas sobre los beneficios y frutos del rezo del Rosario, aparte los sermones y otros documentos de menor trascendencia.

Poco a poco la irreligión se ha ido apoderando de muchos cristianos que han abandonado sus prácticas religiosas y, lógicamente, esto ha traído guerras y revoluciones. Por más que nos digan que los frutos de la Revolución francesa traerán la paz y el bienestar al mundo cada vez son mayores los desastres. Y, cuando el mundo menos se esperaba, en un rincón de Portugal se aparece la Virgen a unos pastores para darles el mismo mensaje que dio a Domingo de Guzmán, sólo que ahora es de mucha mayor trascendencia, ya que el mal está mucho más extendido y si a Domingo le dio el Rosario como solución a la vida espiritual y contra los males del catarismo, ahora continúa dándonos el Rosario como solución a nuestra vida de pecado individual y también para conseguir la paz del mundo.

Después de Fátima no ha habido ningún papa que no haya insistido, como lo ha hecho la Virgen, en que el Rosario, no sólo es una oración destinada a la santificación de cada cristiano, sino que es la oración destinada a alcanzar la paz del mundo.

No creo que haya una oración que durante tantos siglos haya sido tan insistentemente apoyada y recomendada, no sólo por los romanos pontífices, sino por la misma Stma. Virgen.

¡Creo que es hora de que hagamos un poco de caso a nuestra Madre del cielo!

Primer y segundo secreto de Fátima

Texto del primer y segundo secreto de Fatima revelados el 13 de julio de 1917. La Virgen María manifiesta claramente que el cumplimiento de su solicitud de oración y sacrificio traerá la paz al mundo del siglo xx y profetizó una gran guerra en caso de no seguir su recomendación.

Tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto interrogativo.

¿Qué es el secreto?

Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R. P. José Bernardo Gonçalves, aquella en que me manda escribir al Santo Padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable.

Pues bien; ya expuse en el segundo escrito, la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció.

Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos. La primera fue, pues, la visión del infierno.

Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra buena Madre del cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

— Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que voy a deciros, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirla, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.

El secreto admirable del Santísimo Rosario para convertirse y salvarse

El libro El secreto admirable del Santísimo Rosario para convertirse y salvarse, de san Luis M^a Grignion de Montfort se publicó por primera vez en 1911. También su obra principal, El tratado de la Verdadera Devoción, apareció ciento cincuenta años después de la muerte del santo. Parece como si san Luis M^a se hubiera adelantado casi dos siglos a su tiempo y las obras que él escribió el Señor las tuviera reservadas para nuestro tiempo.

Tanto una obra como la otra estaban destinadas para la época de lucha más enconada entre la Inmaculada y Satanás, entre la raza de María y la del demonio, y como dice el prólogo de la primera edición francesa del libro, «para que los fieles soldados de María podamos empuñar el arma que ha de darnos la victoria, es decir, el santo Rosario».

A lo largo de toda su vida, el Rosario fue un elemento fundamental para su santificación personal y su apostolado misionero. La gente de su tiempo, viéndole siempre esgrimirlo entre sus manos, le llamaba «el Padre del gran Rosario», y el título con el que ha sido conocido en el mundo entero es el de Apóstol y Predicador de la Cruz y del Rosario.

En su actividad misionera, dedicada especialmente a la gente sencilla del campo o de los barrios humildes de las ciudades, Montfort busca una forma para renovar el espíritu de Cristo entre los cristianos y descubre que «todo se reduce a encontrar el medio sencillo para alcanzar de Dios la gracia necesaria para hacernos santos. Y para encontrar la gracia hay que encontrar a María»(SM 6). Este medio maravilloso y sencillo

es el Rosario, que practicó y difundió en sus misiones: «He podido constatar una enorme diferencia de costumbres entre las poblaciones donde di misiones: unas por haber abandonado la práctica del rosario, volvieron a caer en las malas costumbres; otras, por haber perseverado en rezarlo, se mantuvieron en gracia de Dios y progresaron de día en día en la virtud.» (SAR 113).

El librito, que el santo confeccionó sobre escritos de autores anteriores a él, del dominico Alain de la Roche y, especialmente, Antonino Thomas, lo dedica y dirige a los sacerdotes, a los pecadores, y a las almas devotas, ofreciéndoselo como una rosa, y, a los niños, como un capullo. A cada uno les muestra el gran bien que puede hacerles y les anima a emprender el camino de la santidad con su rezo. Dicen que León XIII, impresionado por la vida y los escritos de Montfort, cuya beatificación preparaba, se sintió vehementemente movido a recomendar a la Cristiandad el rezo de Rosario.

Montfort, con este libro, parece clamar a los cristianos de nuestros días, como lo hacía en sus misiones: «¡A las armas! ¡Tomad en una mano la cruz y el rosario en la otra, y combatid con valor por la más noble de las causas: por el honor de Dios y la gloria de su Madre!»

Nadie dudará tampoco de la influencia social que el santo daba al rezo del Rosario en las familias: ochenta años más tarde los hijos de aquellas familias que aprendieron a rezar el Rosario con Montfort, defendían con su vida a Dios, a la religión y a su patria, ante la amenaza de la Revolución.

ROSA BLANCA

(A los sacerdotes)

Ministros del Altísimo, predicadores de la verdad, clarines del Evangelio: permitidme presentaros la rosa blanca de este librito para introducir en vuestros corazones y en vuestra boca las verdades expuestas en él sencillamente y sin artificio.

En el corazón, para que vosotros mismos abraicéis la práctica del santo Rosario y saboreéis sus frutos.

En la boca, para que prediquéis a los demás la excelencia de esta santa práctica y los atraigáis a la

conversión por medio de ella. No vayáis a considerar esta práctica como insignificante y de escasas consecuencias. Así la miran el vulgo y aun muchos sabios orgullosos. Porque en realidad es grande, sublime y divina. El cielo nos la ha dado para convertir a los pecadores más endurecidos y a los herejes más obstinados. Dios vinculó a ella la gracia en esta vida y la gloria del cielo. Los santos la han puesto en práctica y los romanos pontífices la han aprobado.

¡Oh! ¡Qué felicidad la del sacerdote y director de almas a quien el Espíritu Santo haya revelado este secreto, desconocido de la mayoría de los hombres o sólo conocido superficialmente por ellos! Si obtiene su conocimiento práctico, lo recitará todos los días e impulsará a los demás a recitarlo. Dios y su Madre santísima derramarán sobre él gracias abundantes a fin de que sea instrumento de su gloria. Y logrará más éxito con sus palabras, aunque sencillas, en un solo mes, que los demás predicadores en muchos años.

No nos contentemos, pues, queridos compañeros, con recomendar a los demás el rezo del Rosario. Tenemos que rezarlo nosotros. Podremos estar intelectualmente convencidos de su excelencia, pero –si no lo practicamos– poco empeño pondrán los oyentes en aceptar nuestro consejo, porque nadie da lo que no tiene: comenzó Jesús a hacer y enseñar. Imitemos a Jesucristo, que empezó por hacer lo que

enseñaba. Imitemos al Apóstol, que no conocía ni predicaba sino a Jesús crucificado.

Es lo que debemos hacer al predicar el santo Rosario. Que –lo veremos más adelante– no es sólo un conjunto de padrenuestros y avemarías, sino un compendio maravilloso de los misterios de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús y de María.

Si creyera que la experiencia que Dios me ha concedido acerca de la eficacia de la predicación del santo Rosario para convertir las almas pudiera impulsaros a predicarlo –no obstante la costumbre contraria de los predicadores–, os contaría las maravillosas conversiones que he logrado con su predicación. Me contentaré, sin embargo, con relatar en este compendio algunas historias antiguas y comprobadas.

Para servicio vuestro, he incluido también muchos pasajes latinos de buenos autores, que prueban lo que explico al pueblo en lengua corriente.

ROSA ENCARNADA

(A los pecadores)

A vosotros, pobres pecadores, uno, más pecador todavía, os ofrece esa rosa enrojecida con la sangre de Jesucristo a fin de que flozcadis y os salvéis. Los impíos y pecadores empedernidos gritan a diario: «Coronémonos de rosas». Cantemos también nosotros: «Coronémonos con las rosas del santo Rosario».

¡Ah! ¡Qué diferentes son sus rosas de las nuestras! Las suyas son los placeres carnales, los vanos honores y las riquezas perecederas, que pronto se marchitarán y consumirán. En cambio, las nuestras –es decir, nuestros padrenuestros y avemarías bien dichos–, unidos a nuestras buenas obras de penitencia, no se marchitarán ni agostarán jamás y su brillo será, de aquí a cien mil años, tan vivo como en el presente.

Sus pretendidas rosas sólo tienen la apariencia de tales. En realidad son solamente espinas que los punzarán durante su vida a causa de los remordimientos de conciencia, que los taladrarán a la hora de la muerte con el remordimiento y los devorarán durante toda la eternidad a causa de la rabia y desesperación.

Las espinas de nuestras rosas son las espinas de Jesucristo, que Él convierte en rosas. Nuestras espinas punzan, pero sólo por algún tiempo y para curarnos del pecado y darnos la salvación.

Coronémonos a porfía de estas rosas del paraíso recitando todos los días un rosario, es decir, las tres

series de cinco misterios cada una o tres pequeñas diademas de flores o coronas:

1.º para honrar las tres coronas de Jesús y de María (la de gracia de Jesús en la encarnación, su corona de espinas durante la pasión y la de gloria en el cielo, y la triple corona que María ha recibido en el cielo de la Santísima Trinidad);

2.º para recibir de Jesús y María tres coronas: la primera, de mérito, durante la vida; la segunda, de paz, en la hora de la muerte, y la tercera, de gloria, en el cielo.

Creedme que recibiréis la corona inmarcesible, que no se marchitará jamás, si os mantenéis fieles en rezarlo devotamente hasta la muerte, no obstante la enormidad de vuestros pecados. Aunque estuvierais ya al borde del abismo, aunque estuvierais ya con un pie en el infierno, aunque hubierais vendido vuestra alma al demonio como un mago, aunque fuerais herejes tan endurecidos y obstinados como demonios, os convertiréis tarde o temprano y os salvaréis, siempre que –lo repito, y notad bien las palabras y términos de mi consejo– recéis devotamente, todos los días hasta la muerte, el santo Rosario con el fin de conocer la verdad y alcanzar la contrición y el perdón de vuestros pecados.

En esta obra hallaréis muchas historias de pecadores convertidos por la eficacia del Rosario. ¡Leedlas y meditadlas!

Dios sólo.

ROSAL MÍSTICO

(A las almas piadosas)

Almas piadosas e iluminadas por el Espíritu Santo; ciertamente, no llevaréis a mal que os ofrezca un pequeño rosal místico bajado del cielo para que lo plantéis en el jardín de vuestras almas. En nada perjudicará a las flores olorosas de vuestra contemplación. Es muy perfumado y totalmente divino. No perturbará en lo más mínimo la armonía de vuestro jardín. Es muy puro y muy ordenado y todo lo encamina al orden y a la pureza. Alcanza altura tan prodigiosa y tan dilatada extensión -si se le riega y cultiva todos los días como conviene-, que no sólo no estorba a las demás devociones, sino que las conserva y perfecciona. ¡Vosotras, que sois almas espirituales, me comprendéis claramente! Jesús y María, con su vida, muerte y eternidad, constituyen este rosal.

Las hojas verdes de este rosal místico representan los misterios gozosos de Jesús y María. Las espinas, los dolores. Y las flores, los gloriosos. Los capullos son la infancia de Jesús y de María. Las rosas entreabiertas representan a Jesús y María en

sus dolores y las totalmente abiertas muestran a Jesús y María en su gloria y su triunfo.

La rosa alegra con su hermosura: ahí están Jesús y María en los misterios gozosos. Punza con sus espinas: ahí están Jesús y María en los misterios dolorosos. Regocija con la suavidad de su perfume: ahí están Jesús y María en los misterios gloriosos.

No despreciéis, pues, mi rosal alegre y maravilloso. Sembradlo en vuestra alma tomando la resolución de rezar el rosario. Cultivadlo y regadlo recitándolo fielmente todos los días y obrando el bien. Contemplaréis cómo el grano que ahora parece tan pequeño, se convertirá con el tiempo en un gran árbol, en el que las aves del cielo –es decir, las almas predestinadas y elevadas en contemplación– pondrán su nido y morada para guarecerse a la sombra de los ardores del sol, preservarse en su altura de las fieras de la tierra y, finalmente, alimentarse con delicadeza de su fruto, que no es otro que el adorable Jesús, a quien sea el honor y la gloria por la eternidad. Amén. Así sea.

Dios sólo.

CAPULLO DE ROSA

(A los niños)

Queridos niños: os ofrezco un hermoso capullo de rosa: el granito de vuestro rosario, que os parecerá tan insignificante. Pero... ¡Oh! ¡Qué grano tan precioso! ¡Qué capullo tan admirable! ¡Y cómo se desarrollará si recitáis devotamente el avemaría! Sería demasiado pedirnos que recéis un rosario todos los días. Rezad, por lo menos, una tercera parte con devoción. Será una linda diadema de rosas que colocaréis en las sienes de Jesús y de María. ¡Creédmelo! Escuchad ahora y no olvidéis esta hermosa historia.

Dos niñas, hermanas una de otra, estaban a la puerta de su casa recitando devotamente el Rosario cuando se les aparece una hermosa Señora que, acercándose a la más pequeña –de sólo seis años–, la toma de la mano y se la lleva. La hermanita mayor, llena de turbación, la busca, y, no pudiendo hallarla, vuelve a casa llorando y diciendo que se habían llevado a su hermana. El padre y la madre la buscan inútilmente durante tres días. Pasado este

tiempo, la encuentran en la casa con el rostro alegre y gozoso. Pregúntanle de dónde viene. Ella responde que la Señora a quién rezaba el Rosario la había llevado a un lugar hermoso, le había dado a comer cosas muy buenas y había colocado en sus brazos un bellissimo Niño, a quien había cubierto de besos. El padre y la madre, recién convertidos a la fe, llaman al padre jesuita que les había instruido en ella y en la devoción del Rosario y le relatan lo que había pasado. Él mismo nos lo contó. Ocurrió en el Paraguay.

Imitad, queridos niños, a estas fervorosas niñas. Rezad todos los días la tercera parte del rosario, y mereceréis ver a Jesús y a María, si no durante esta vida, sí después de la muerte, durante la eternidad. ¡Amén!

Así pues, que sabios e ignorantes, justos y pecadores, grandes y pequeños, alaben y saluden noche y día a Jesús y María con el santo Rosario. Saludad a María, que ha trabajado mucho en vosotros.



«Rezad el Rosario para obtener la paz del mundo»

Carta de sor Lucía sobre el rezo del Rosario

El trece de mayo de 1917, la Virgen se aparecía a los tres pastorcillos y les pedía «rezad el Rosario para obtener la paz del mundo». En la última aparición la Virgen insiste: «Soy la Virgen del Rosario. Que continúen rezándome el Rosario todos los días.... El Señor está muy ofendido...» En octubre de 1977, setenta años más tarde y a los poco más de diez años de la finalización del Concilio, ante el descenso del rezo del Rosario en muchas familias, en nombre del mal llamado «espíritu del Concilio», Lucía escribe esta carta:

Querida M. Martins,
Pax Christi.

Lo que me dice del rezo del Rosario es una gran pena, porque la oración del Rosario es, después de la sagrada liturgia eucarística, la que más nos une a Dios por la riqueza de las oraciones de que se compone, todas ellas venidas del cielo, dictadas por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo.

El gloria que rezamos en todos los misterios, fue dictado por el Padre a los ángeles, cuando les envió a cantar junto a su Hijo recién nacido, y es un himno a la Trinidad.

El padrenuestro nos fue dictado por el Hijo, y es una oración dirigida al Padre.

El avemaría está toda ella impregnada de sentido trinitario y eucarístico: las primeras palabras fueron dictadas por el Padre al ángel, cuando le envió a anunciar el misterio de la Encarnación del Verbo: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*. Estás llena de gracia porque en ti reside la fuente de la misma gracia; es por tu unión con la Santísima Trinidad por lo que tú estás llena de gracia.

Movida por el Espíritu Santo dijo santa Isabel: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús*. Si sois bendita, es porque es bendito el fruto de tu vientre, Jesús.

La Iglesia, también movida por el Espíritu Santo, añadió: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*. Esta es también una oración dirigida a Dios a través de María. Porque eres Madre de Dios, ruega por nosotros. Es oración trinitaria, sí, porque María fue el primer templo vivo de la Santísima Trinidad: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, el Padre te cubrirá con su sombra y el Hijo que de ti ha de nacer será llamado Hijo del Altísimo».

María es el primer Sagrario vivo donde el Padre encerró su Verbo. Su Corazón inmaculado es la primera custodia que lo guardó, su regazo y sus brazos fueron el primer altar y el primer trono en el que el Hijo de Dios hecho hombre fue adorado; ahí le ado-

raron los ángeles, los pastores, los sabios de la tierra. María es el primer sacerdote que tomó en sus manos puras e inmaculadas el Hijo de Dios, y lo condujo al Templo para ofrecérselo al Padre, como víctima para la salvación del mundo.

Así la oración del Rosario es, después de la sagrada liturgia eucarística, lo que más acerca a los misterios de la fe, de la esperanza y de la caridad. Es el pan espiritual de las almas; el que no reza desfallece y muere. En la oración nos encontramos con Dios, y es en ese encuentro en el que nos comunica la fe, la esperanza y la caridad, virtudes sin las cuales no nos salvaremos.

El Rosario es una oración de los pobres, de los ricos, de los sabios y de los ignorantes; apartar las almas de esta devoción es apartarlas del pan espiritual de cada día. Esa oración es la que sustenta la pequeña llama de la fe que no se ha apagado del todo en muchas conciencias. Incluso para aquellas almas que rezan sin meditarlo, el simple hecho de coger el rosario les sirve para acordarse de Dios, de lo sobrenatural. El simple recuerdo de los misterios en cada decena es un rayo de luz más que sustenta en las almas la mecha que todavía humea.

Por eso el demonio le tiene declarada la guerra. Y lo peor es que ha conseguido desorientar y engañar almas llenas de responsabilidad por el lugar que ocupan.... Son ciegos que guían a otros ciegos..., y quieren apoyarse en el Concilio y no ven que el Sagrado Concilio ordenó que se conserven todas las devociones que, a través de los años, se han practicado en honor de la Inmaculada Virgen Madre de Dios, y que la oración del Rosario es una de las principales a la que, al hacer lo ordenado por el Sagrado Concilio, y por el Sumo Pontífice, estamos obligados, esto es, debemos conservar.

Yo tengo una gran esperanza de que no esté lejos el día en el que la oración del Santo Rosario sea declarada oración litúrgica, porque toda ella participa de la Sagrada Liturgia Eucarística. Recemos, trabajemos, sacrifiquémonos y confiemos porque: «Al fin, mi Inmaculado Corazón vencerá».

El beato Tarrés, el Rosario y la familia

El beato Pere Tarrés, al tiempo que ejercía de médico, se dedicaba a las actividades apostólicas y escribía en varias revistas. En el mes de octubre de 1930, apareció este artículo suyo en la revista El Pla del Bages. Este artículo ha sido reproducido de la hoja Records i notícies que se publica para dar a conocer la vida y escritos del beato y las noticias sobre las gracias recibidas por su intercesión. Es oportuno leerlo por el carácter profético que presenta en la sociedad catalana, y española, actual.

EL mes de octubre trae consigo una serie de hechos que sugieren consideraciones de una alta trascendencia social. Los que nos sentimos verdaderamente católicos nos hemos de alegrar de la llegada de este mes embellecido con el perfume del Santo Rosario, la gran oración del pueblo cristiano y oración amada en nuestra tierra, pues es el patrimonio espiritual más apreciado que nos legaron nuestros antepasados.

Es la gran oración de *todo el pueblo cristiano*, pues no hay nadie excluido, es asequible a todos. intelectuales y analfabetos, ricos y pobres, mayores y pequeños; todos podemos captar los múltiples dones de Dios que se incluyen en el seno de las palabras de alabanza y súplica al Padre amoroso y a la siempre pura Virgen María. Por este motivo capitalísimo, no extrañará a nadie que sea la oración familiar por excelencia; todos la sienten por un igual y la entienden con toda facilidad, sin ser necesario el más mínimo esfuerzo intelectual.

Por este motivo se unen cada día, en una hora determinada padres e hijos, el esposo y la esposa y el servicio que tengan, y convierten la casa, olorosa de pan y amor, en un templo de la más pura y alta espiritualidad, donde las bendiciones del cielo nunca han de faltar. La exposición de estas ideas nos hacen caer en la cuenta de un hecho trascendental, y es la unión íntima de los elementos que componen la familia; pero fijémonos que no es una unión cualquiera; es una unión piadosa, empapada de la más viva caridad; es una unión santa, afectuosa, de firme compenetración mutua de ideas; unión que trasciende más allá de la vida del hogar; los padres son en todo momento y ocasión respetados por los hijos, y éstos son encaminados y educados, por los padres, en la rectitud amorosa de la Iglesia.

Desgraciadamente este aglutinante de los elementos familiares, esta cadena que une con vínculos de paz este trocito, fundamento y modelo de toda la sociedad humana, que se llama la FAMILIA, va perdiéndose poco a poco. Antes, cuentan nuestros abuelos, pasando por la calle se oía, desde fuera, el rumor suave de las familias rezando el Rosario; ahora pasad y escuchad: algún grito, si no es una blasfemia.

La FAMILIA parece querer desentenderse de Dios.

Los elementos de los que está formada la constituyen de nombre tan solo; de hecho no da la mínima manifestación de vida; con motivo de la reglamentación del trabajo, uno llega a la hora de comer, el otro a otra hora, cuando comparece el padre, los hijos ya se han ido. Al atardecer, únicos momentos en que están todos en casa, los hijos han de ir al cine, porque hacen una película muy interesante, o les espera un amigo para hablar de ciertas fiestas de la calle, o han de divertirse, porque por algo son jóvenes, y con todas estas cosas comparecen a las dos o las tres de la madrugada; pues bien, con tantos motivos se hace imposible el mínimo acto, que podríamos llamar de comunidad familiar. Y naturalmente el hijo no conoce ni trata a los padres como habría de ser; éstos, como que no han sabido imponerse desde el primer momento, no son queridos ni respetados; la idea de Dios, que es todo Amor, va esfumándose y la amargura de la discordia se hace cada vez más persistente hasta provocar la ruptura de la FAMILIA.

Pues bien, querido lector, la familia que es el fundamento de la sociedad, se perderá del todo si quiere olvidarse de Dios, y con la desaparición vendrán los transtornos más gravísimos de la sociedad humana. El lazo más íntimo y fuerte de la sociedad es la religión. Querer abolirla es querer destruir la sociedad y al revés. Recordad las palabras del salmista cuando dice: «Bienaventurada la nación, de la cual el Señor es su Dios».

¡Pobres pueblos que quieren hacer caso omiso de Dios, que quieren vivir sin su guía! Lloradlos, su vida es corta. El pueblo judío fue un gran pueblo mientras siguió los mandamientos de Dios, pero cuando fueron «ciegos voluntarios», su destrucción fue completa. La salvación de los pueblos está en manos de Dios. Únicamente los pueblos que tienen fe no morirán jamás.

Para que esto suceda, es preciso que la familia se reconstruya y purifique, es necesario que los hijos les reconozcan a los padres como autoridad suprema, dentro de las normas santas del vivir cristiano. Y como que uno de los medios para conseguir este gran ideal es la oración familiar del Santo Rosario, por esto al llegar el mes de octubre, se nos recuerda de una manera especialísima esta devoción.

«Rosario bendito de María, cadena dulce que nos unes con Dios»

Conclusión de la encíclica «Rosarium Virginis Mariae», de Juan Pablo II, de 16 de octubre de 2002

LA Iglesia ha visto siempre en esta oración una particular eficacia, confiando las causas más difíciles a su recitación comunitaria y a su práctica constante. En momentos en los que la Cristiandad misma estaba amenazada, se atribuyó a la fuerza de esta oración la liberación del peligro y la Virgen del Rosario fue considerada como propiciadora de la salvación.

Hoy deseo confiar a la eficacia de esta oración –lo he señalado al principio– la causa de la paz en el mundo y la de la familia.

La paz

LAS dificultades que presenta el panorama mundial en este comienzo del nuevo milenio nos inducen a pensar que sólo una intervención de lo Alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las naciones, puede hacer esperar un futuro menos oscuro.

El Rosario es *una oración orientada por su naturaleza hacia la paz*, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y «nuestra paz» (Ef 2, 14). Quien interioriza el misterio de Cristo –y el Rosario tiende precisamente a eso– aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del avemaría, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf. Jn 14,27; 20,21).

La familia: los padres...

ADemás de oración por la paz, el Rosario es también, desde siempre, una *oración de la familia y por la familia*. Antes esta oración era apreciada particularmente por las familias cristianas, y ciertamente favorecía su comunión. Conviene no descuidar esta preciosa herencia. Se ha de

volver a rezar en familia y a rogar por las familias, utilizando todavía esta forma de plegaria.

La familia que reza unida, permanece unida. El santo Rosario, por antigua tradición, es una oración que se presta particularmente para reunir a la familia. Contemplando a Jesús, cada uno de sus miembros recupera también la capacidad de volverse a mirar a los ojos, para comunicar, solidarizarse, perdonarse recíprocamente y comenzar de nuevo con un pacto de amor renovado por el Espíritu de Dios.

Muchos problemas de las familias contemporáneas, especialmente en las sociedades económicamente más desarrolladas, derivan de una creciente dificultad para comunicarse. No se consigue estar juntos y a veces los raros momentos de reunión quedan absorbidos por las imágenes de un televisor. Volver a rezar el Rosario en familia significa introducir en la vida cotidiana otras imágenes muy distintas, las del misterio que salva: la imagen del Redentor, la imagen de su Madre santísima. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con Él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de Él la esperanza y la fuerza para el camino.

... y los hijos

ES hermoso y fructuoso confiar también a esta oración *el proceso de crecimiento de los hijos*. ¿No es acaso, el Rosario, el itinerario de la vida de Cristo, desde su concepción a la muerte, hasta la Resurrección y la gloria? Hoy resulta cada vez más difícil para los padres seguir a los hijos en las diversas etapas de su vida. En la sociedad de la tecnología avanzada, de los medios de comunicación social y de la globalización, todo se ha acelerado, y cada día es mayor la distancia cultural entre las generaciones. Los mensajes de todo tipo y las experiencias más imprevisibles hacen mella pronto en la vida de los chicos y los adolescentes, y a veces es angustioso para los padres afrontar los peligros que corren los hijos. Con frecuencia se encuentran

ante desilusiones fuertes, al constatar los fracasos de los hijos ante la seducción de la droga, los atractivos de un hedonismo desenfadado, las tentaciones de la violencia o las formas tan diferentes del sinsentido y la desesperación.

Rezar el Rosario *por los hijos*, y mejor aún, *con los hijos*, educándolos desde su tierna edad para este momento cotidiano de «intervalo de oración» de la familia, no es ciertamente la solución de todos los problemas, pero es una ayuda espiritual que no se debe minimizar. Se puede objetar que el Rosario parece una oración poco adecuada para los gustos de los chicos y los jóvenes de hoy. Pero quizás esta objeción se basa en un modo poco esmerado de rezarlo. Por otra parte, salvando su estructura fundamental, nada impide que, para ellos, el rezo del Rosario –tanto en familia como en los grupos– se enriquezca con oportunas aportaciones simbólicas y prácticas, que favorezcan su comprensión y valorización. ¿Por qué no probarlo? Una pastoral juvenil no derrotista, apasionada y creativa –¡las Jornadas Mundiales de la Juventud han dado buena prueba de ello!– es capaz de dar, con la ayuda de Dios, pasos verdaderamente significativos. Si el Rosario se presenta bien, estoy seguro de que los jóvenes mismos serán capaces de sorprender una vez más a los adultos, haciendo propia esta oración y recitándola con el entusiasmo típico de su edad.

El Rosario, un tesoro que recuperar

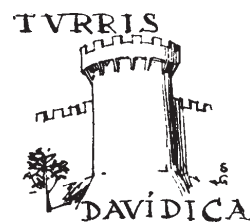
QUERIDOS hermanos y hermanas: una oración tan fácil, y al mismo tiempo tan rica, merece de veras ser recuperada por la comunidad cristiana. Hagámoslo sobre todo en este año, asumiendo esta propuesta como una consolidación de la línea trazada en la carta apostólica *Novo*

millennio ineunte, en la cual se han inspirado los planes pastorales de muchas iglesias particulares a programar los objetivos para el próximo futuro.

Pienso en todos vosotros, hermanos y hermanas de toda condición, en vosotras, familias cristianas, en vosotros, enfermos y ancianos, en vosotros, jóvenes: *tomad con confianza entre las manos el rosario*, descubriéndolo de nuevo a la luz de la Escritura, en armonía con la Liturgia y en el contexto de la vida cotidiana.

¡Qué este llamamiento mío no sea en balde! Al inicio del vigésimo quinto año de pontificado, pongo esta carta apostólica en las manos de la Virgen María, *postrándome espiritualmente ante su imagen en su espléndido santuario edificado por el beato Bartolomé Longo*, apóstol del Rosario. Hago más con gusto las palabras conmovedoras

con las que él termina la célebre *Súplica a la Reina del Santo Rosario*: «Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh Reina del Rosario de Pompeya, oh Madre nuestra querida, oh Refugio de los pecadores, oh Soberana, consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo».



Los misterio de luz, aportación de Juan Pablo II al santo Rosario

R.G.

«El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una *oración marcadamente contemplativa*». Con estas palabras de la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, el papa Juan Pablo II introducía el principal argumento con el que justificaba la ampliación del santo Rosario con los misterios de luz. Este carácter contemplativo del Rosario, ya conocido desde su origen, adquiere verdadera dimensión a partir de Paulo VI y, naturalmente Juan Pablo II, que aporta la mencionada ampliación.

En efecto, el Rosario, oración por excelencia dedicada a la Virgen María, fundamenta el desarrollo de sus decenas de avemarías, en la contemplación del Misterio de la Redención. Es decir, dirigimos nuestra oración a María, contemplando la vida de Cristo. ¿Qué cosa podía ser más grata a su Madre, que por mandato expreso de nuestro Señor es también Madre nuestra?

Dice el Papa que esta contemplación es «precisamente a partir de la experiencia de María», y así se observa con claridad en el enunciado de los ya tradicionales misterios de gozo, dolor y gloria. María es la primera contemplativa de Cristo Redentor, y para examinarlo vamos a recordar brevemente el desarrollo de los misterios del Rosario. Recordaremos, a propósito de esto, que existe una representación filmada de la vida de Jesús, realizada por el padre Peyton, y que se titula precisamente *Los misterios del Rosario*.

Misterios de gozo

María vio y contempló a Jesús, ya antes de nacer, en la Encarnación y en la Visitación. También lo contempló recién nacido y, con las carencias propias de un lactante, primero, y de un niño pequeño que balbucea y da sus primeros pasos, después. Jesús será guiado e instruido por su Santísima Madre. También será el Niño Jesús presentado en el Templo, siguiendo la ley judía, donde Simeón profetizará sobre Él y también sobre los dolores de María en la Pasión. Finalmente, los misterios de gozo nos llevarán al misterioso episodio de la pérdida de Jesús en el Templo, durante una Pascua, cuando tenía doce años.

Misterios de dolor

Los misterios de dolor nos llevan a la Pasión de nuestro Señor. No se menciona en el enunciado de ellos a la Santísima Virgen, pero podemos verla con los ojos de la imaginación, asistiendo al sacrificio cruento de nuestra Redención con la «espada de dolor» de la profecía de Simeón clavada en su virginal pecho. En los misterios de dolor, en primer lugar, Jesús sufre en el Huerto de los Olivos. Esta contemplación de la angustia y soledad de Jesús en Getsemaní es tema de meditación recomendado para las vigilias eucarísticas, especialmente las propias del Sagrado Corazón de Jesús, con su sentido de reparación. A continuación contemplaremos la flagelación, mucho más terrible que lo que su simple enunciado, incluso la referencia de los evangelios, pueda evocarnos. También es coronado de espinas, y obligado a cargar con la cruz, camino del Calvario, el doloroso «Via Crucis». Por último, da su vida por nuestra salvación, crucificado, escarnecido y maltratado, ante la mirada sufriente de su Madre.

Misterios de gloria

María contempla a Jesús resucitado. Jesús se apareció a sus discípulos en cuerpo glorioso, después de la Resurrección, y se tiene por cierto que antes que a nadie, nuestro Señor visitó a su Santísima Madre. Vemos después la Ascensión del Señor a los cielos, aunque la contemplación del Rosario no se acaba aquí como los evangelios: contemplaremos la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y la Virgen Santísima, que es citada expresamente en los Hechos. Después, los dos últimos misterios nos llevarán a los dos grandes episodios de glorificación mariana: María asciende al cielo, en cuerpo y alma, y es coronada como Reina y Señora de cielos y tierra.

Esta sería, en resumen, la secuencia de las decenas del Rosario, que podríamos llamar clásico. El papa Juan Pablo II, en su carta apostólica, insiste en el carácter contemplativo del mismo: «... El Rosario forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana. Iniciado en Occiden-

te, es una oración típicamente meditativa y se corresponde de algún modo con la “oración del corazón”, u “oración de Jesús”, surgida sobre el *humus* del Oriente cristiano...». Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: «Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: “Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad” (Mt 6, 7). Por su naturaleza, el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza.

»Es necesario detenernos en este profundo pensamiento de Pablo VI para poner de relieve algunas dimensiones del Rosario que definen mejor su carácter de contemplación cristológica.»

Pero al Rosario le faltaba una parte importante de la vida de Cristo para contemplar. En efecto, los misterios de gozo contemplan la infancia de Jesús, los de dolor su Pasión y los de gloria la Resurrección y Ascensión, y la glorificación de María. Falta la vida pública, con la culminación del Sacrificio incruento, en la Pascua: la institución de la Eucaristía. Por esto Juan Pablo II propone los misterios de luz.

«... para resaltar el carácter cristológico del Rosario, considero oportuna una incorporación que, si bien se deja a la libre consideración de los individuos y de la comunidad, les permita contemplar también los misterios de la vida pública de Cristo desde el Bautismo a la Pasión. En efecto, en estos misterios contemplamos aspectos importantes de la persona de Cristo como revelador definitivo de Dios. Él es quien, declarado Hijo predilecto del Padre en el bautismo en el Jordán, anuncia la llegada del Reino, dando testimonio de él con sus obras y proclamando sus exigencias. Durante la vida pública es cuando el misterio de Cristo se manifiesta de manera especial como misterio de luz: “Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo” (Jn 9, 5)».

Misterios de luz

Primer misterio: El bautismo de Jesús en el Jordán

Los misterios de luz se inician con el bautismo de Jesús en el Jordán, tal como hacen también los evangelios de san Marcos y san Juan. San Juan Bautista, hijo de Zacarías y primo de Jesús, predica y bautiza «en la región del Jordán», en las tierras bajas al sur de Jericó. Es allí donde se halla situado el

conocido vado para atravesar el río, es decir, dentro de los dominios de Herodes Antipas, el tetrarca designado por Roma. Jesús se hace bautizar, y Dios Padre le confirma desde lo alto llamándole Hijo públicamente.

Segundo misterio: Las Bodas de Caná

Con este acto Jesús inicia su vida pública. Después contemplamos las Bodas de Caná, primer milagro de Jesús, realizado precisamente a petición de María, su madre. Cuando la Virgen se lo pide, Jesús le contesta «¿a Ti y a Mí qué?», pero María le «obliga» a Jesús: «haced lo que Él os diga», y nuestro Señor se deja obligar por su Madre. Contemplamos así la «omnipotencia suplicante» de María, a la que Jesús dará el título de madre nuestra.

Tercer misterio: Jesús anuncia el Reino de Dios invitando a la conversión

En este misterio contemplamos la mayor parte de la misión de Cristo en la tierra. Hubiera sido difícil resumir en una frase toda la predicación de más de dos años en Galilea y cinco meses en Judea, antes de la Pasión, pero el Papa propuso un sencillo enunciado, y con él evocamos todos los hechos narrados. Podemos situarnos con la imaginación en el Sermón de la Montaña, la multiplicación de los panes, o la resurrección de Lázaro; toda la predicación y milagros caben en este misterio.

Cuarto misterio: La Transfiguración

Según reseñan claramente los evangelios, este episodio aconteció en Galilea (probablemente en el monte Tabor), antes del último viaje a Jerusalén, por la fiesta de los Tabernáculos. Algunos episodios situados en Judea, correspondientes al tercer misterio (p.ej., la resurrección de Lázaro), en realidad ocurrieron después de la Transfiguración. Contemplamos aquí cómo Jesús se aparece ante Pedro, Santiago y Juan, con toda su gloria, flanqueado por Moisés y Elías, es decir, la Ley y los Profetas. Este anticipo de la bienaventuranza es propuesto para ser venerado en este misterio.

Quinto misterio: La institución de la Eucaristía

Antes de la Pasión y durante la celebración de la Pascua, ésta es la culminación de la vida pública de Jesús. La Eucaristía es el sacramento por excelencia

cia, cuya contemplación nos propone el Rosario en este misterio de luz. Hay mucho que contemplar en este pasaje de los Evangelios: «La víspera de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre; como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1). Jesús consagra el pan durante la Cena, y el cáliz «después que hubo cenado» (Lc 22, 20), lava los pies a los Apóstoles, y finalmente les abre su corazón amoroso en un consolador discurso.

Conclusión

El papa Juan Pablo II, tras promover la contemplación completa de la vida de Cristo, con la adición de los misterios de luz, acaba su carta apostólica con el siguiente requerimiento a todos los fieles:

«¡Que este llamamiento mío no sea en balde!

Al inicio del vigésimo quinto año de pontificado, pongo esta carta apostólica en las manos de la Virgen María, postrándome espiritualmente ante su imagen en su espléndido santuario edificado por el beato Bartolomé Longo, apóstol del Rosario. Hago mías con gusto las palabras conmovedoras con las que él termina la célebre “Súplica a la Reina del Santo Rosario”: Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga. Y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre, oh Reina del Rosario de Pompeya, oh Madre nuestra querida, oh Refugio de los pecadores, oh Soberana consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo.»



Segundo misterio de luz: «Las Bodas de Caná».

María es como el corazón de la Iglesia

Doctrina mariológica de Servasanto de Faenza († c. 1300)

GUILLERMO PONS PONS

CONSIDERACIONES y enseñanzas acerca del Corazón de María las encontramos en muchos escritores cristianos ya desde la época patrística. Sus testimonios y afirmaciones se fundamentan, entre otras premisas, en textos de la Escritura, como los del evangelio de san Lucas en que por dos veces se afirma que María conservaba en su corazón el recuerdo de los acontecimientos de la infancia de Jesús y meditaba acerca de ellos.¹

Al Corazón de María se refieren escritores tan antiguos como Orígenes y san Gregorio Taumaturgo, el cual asegura que este corazón fue como el vaso o receptáculo de todos los misterios.² Muy importantes resultan las afirmaciones de san Agustín en las que pone de relieve la dignidad del corazón de la Virgen, con la plenitud de significado que el término *corazón* posee en la tradición bíblica, refiriéndose a la mente, el alma y la interioridad espiritual de la persona. Dice, en efecto, el obispo de Hipona que María fue más dichosa por llevar al Verbo encarnado en el corazón antes que en el seno materno (*Materna propinquitas nihil Mariae profuisset, nisi felicius Christum corde quam carne gestasset*).³

El florecer de una intensa espiritualidad y el importante desarrollo de la teología monástica durante el siglo XII propiciaron una notable riqueza de pensamiento y devoción en referencia al Corazón de María. Ello se pone de manifiesto en autores como Ruperto de Deutz, Hugo de San Víctor, Guerrico abad, Aelredo de Rievaulx y Ricardo de San Lorenzo. A este último pertenece una afirmación tan significativa como la de que «del corazón de la bienaventurada Virgen María surgieron la fe y el consentimiento, dos cosas mediante las cuales se inició la salvación del mundo».⁴ De especial interés resulta la plegaria de Egberto de Schönau († 1184) en la cual se invoca y aclama no simplemente a María sino específicamente a su Corazón inmaculado, considerándolo en cierto modo como una augusta personificación de la Virgen.⁵

1. Lc 2, 19, 51.

2. *Homilía II sobre la Anunciación*: PG 10, 1169.

3. *De sancta virginitate* 3: PL 40, 398.

4. *De laudibus beatae Mariae Virginis*, II, 2, 2.

5. Cf. G. PONS, «Una plegaria de Egberto de Schönau al

En el siglo XIII tratan con singular unción espiritual acerca del Corazón de María santa Gertrudis de Helfta y san Buenaventura. En este mismo siglo nos encontramos con un franciscano de los primeros tiempos, Servasanto de Faenza, el cual, de una forma en cierto modo nueva y muy sugestiva nos presenta a María como desempeñando en el seno de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, y en la vida espiritual de los fieles el carisma y la función de actuar a la manera del corazón, considerándolo como fuente de vida y de fructuosa actividad.

Servasanto de Faenza

ESTE franciscano, nacido en Oriolo, cerca de Faenza, entró en la orden en Bolonia donde realizó sus estudios y, habiendo sido ordenado de sacerdote hacia la mitad del siglo XIII, se dedicó a la predicación, que ejerció sobre todo en la Toscana, y a la enseñanza de los jóvenes frailes, de acuerdo con la normativa que derivaba de san Francisco y del ejemplo del primer maestro y predicador franciscano san Antonio de Padua.

Fray Servasanto pronto debió comprender que representaría una ayuda importante para los frailes el disponer de algunos escritos que contuvieran instrucciones y modelos útiles para la enseñanza y predicación al pueblo. Por eso escribió unos manuales de teología moral, así como unos sermones y comentarios teológicos. Estos escritos y sobre todo los de moral fueron muy apreciados en su siglo. En los sermones seguía el estilo de san Buenaventura, razón por la cual varios que probablemente pertenecen a Servasanto aparecen entre los del Doctor Seráfico.

Entre las obras teológicas del franciscano de Faenza figura un *Mariale*, que guarda cierta semejanza de estilo con el que se atribuyó a san Alberto Magno, pero que en realidad no es obra suya sino de Ricardo de San Lorenzo o de algún otro autor de finales del siglo XIII.

El *Mariale* de Servasanto permanece inédito, pero felizmente en el tomo cuarto de *Testi mariani del*

Corazón Inmaculado de María», *Cristiandad*, XLI, nº 881, Diciembre 2004, 17-19.

secondo millennio, (Città Nuova, Roma, 1996) aparecen traducidos al italiano unos fragmentos, en los que se trata de la misión que María desempeña a manera de «corazón» en la Iglesia para provecho de los fieles cristianos.

María es nuestro corazón

SERVASANTO parte de la doctrina enseñada y claramente expuesta en el Nuevo Testamento acerca de que Cristo *es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia*.⁶ La unidad de Cristo y de la Iglesia viene expresada con frecuencia, entre los Santos Padres, con la imagen del Esposo y de la Esposa.⁷ El autor franciscano en su *Mariale* se complace en analizar la acción de María en el seno de la Iglesia, considerando a la Virgen como el «corazón» que tanto contribuye a mantener en los fieles los dones de la vida sobrenatural y del amor cristiano. Al analizar la obra de Servasanto se ha de tener siempre en cuenta que muchas veces los teólogos medievales citan los textos bíblicos en un sentido alegórico y espiritual, no exento de profundidad teológica y de piadosa envidia.

Es en el capítulo 83 de su obra mariana donde el escritor propone su pensamiento acerca de la función de María en la Iglesia a la manera como el corazón actúa en el cuerpo. Entre otras cosas, dice: «María viene definida como corazón del Esposo o de la esposa; en efecto, el Esposo y la esposa tienen un solo corazón y una sola alma, como único es el corazón de la cabeza y de los miembros: *Yo duermo, pero mi corazón está en vela*.⁸ Esta profecía se cumplió el Sábado santo cuando Cristo dormía en el sepulcro; María, en cambio, velaba a favor de todo el Cuerpo. O bien si el versículo *Yo duermo, etc* es la voz de la esposa, entonces debe entenderse acerca del sueño de la ignorancia, o bien del sueño del cuerpo, o del de la infidelidad. Entonces, efectivamente, cuando los otros miembros de la Iglesia habían decaído, la vida del Cuerpo [místico] permaneció sólo en María, como en el fondo del corazón». ⁹ Esta actitud de fe de María después de la muerte de Cristo venía significada, según los liturgistas medievales, con el apagar durante el oficio llamado de Tinieblas todas las velas del tenebrario, menos una que se escondía junto al altar, la cual representaba el mantenimiento de la fe en María.

A dichas reflexiones añade el autor esta

6. Col 1, 18.

7. Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, 796.

8. Ct 5, 2.

9. *Testi mariani del secondo millennio*, 4 (Città Nuova, Roma, 1996) 412-413.

enjuiciosa consideración: «María es comparada con el corazón por la nobleza, la bondad y la utilidad de este órgano. La principal nobleza de este órgano radica en que en él tiene su sede propia el espíritu vital y que de él brota la vida, como se dice en Proverbios 4, 23, y de él depende la vida misma. Ahora nosotros todo el día decimos a la bienaventurada Virgen que ella es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza. Ella es como la fuente de la vida, *de cuya plenitud todos recibimos*.¹⁰ En efecto, si Cristo es nuestra Cabeza, María es nuestro Corazón». ¹¹ Es evidente que el franciscano cita unas palabras de la *Salve Regina*, antífona mariana ya por entonces muy apreciada y difundida.

Se pregunta después Servasanto, por qué a Cristo no se le designa como el corazón, siendo así, dice, que en ese órgano reside la vida del alma. A esto responde con diversas consideraciones correspondientes a los conceptos filosóficos y científicos de su tiempo y añade: «Tal es la relación de María con la Iglesia; por eso ella es nuestro Corazón: *Hablad al corazón de Jerusalén*.¹² María, en efecto, ejerce sobre nosotros una autoridad, porque es la Señora y la Emperatriz siempre augusta, por lo cual dice el Eclesiástico: *En Jerusalén se halla mi poder*.¹³ Ella es la más noble de todas las criaturas, no por la fiereza, como lo es la leona entre los animales, sino por su belleza, como el sol lo es entre las estrellas: *Como resplandece el sol sobre el mundo en las alturas de Dios, así la belleza de una mujer virtuosa es el adorno de su casa*.¹⁴ Ella se encarga de todo el cuerpo de la Iglesia, como madre de familia; *Yo no sabía que fuese ella la madre de todos los bienes*.¹⁵ Ella nos comunica todos los bienes porque es el acueducto.» Estas últimas palabras hacen referencia al símbolo del acueducto, desarrollado especialmente en un famoso sermón de san Bernardo.¹⁶ El abad de Claraval, al hablar en ese sermón de María como acueducto, exhortaba a poner los ojos en su santidad, «a fin de que nada dudes acerca de este acueducto» y precisaba que ella guardaba la plenitud de la fe y que «en su corazón había dispuesto las gradas para subir hasta el lugar santo», de donde proviene el caudal de gracia que nos llega a través de este acueducto.¹⁷

10. Jn 1, 16.

11. *Testi mariani*, cit., 413.

12. Is 40, 2.

13. Eclo 24, 15.

14. Eclo 26, 21.

15. Sb 7, 12.

16. *Sermo de aquaeductu*: PL 183, 437-448.

17. En el mismo sermón, n° 9.

La nobleza del corazón

EL franciscano de Faenza considera que así como el corazón ocupa un lugar central en el cuerpo y eso le confiere singular prestancia y dignidad, así ocurre con la función de María en el Cuerpo místico: «María es como un árbol de vida en medio del paraíso,¹⁸ a fin de estar a disposición de todos, sin exclusión de nadie».¹⁹

Después de aducir numerosos textos bíblicos en los que se alaba la bondad del corazón y las excelentes cualidades con las que Dios ha enriquecido el corazón de los que le son fieles, Servasanto dice: «No es lícito dudar de que María haya poseído todas estas cualidades y otras semejantes que se leen acerca de la bondad del corazón, teniendo en cuenta que ella ha albergado dentro de sí la fuente misma de la bondad, juntamente con toda la plenitud de gracia».²⁰

Exhortación a unirse al Corazón de María

FINALMENTE, aparecen las recomendaciones a fin de alcanzar una espiritualidad de confianza en María y de unión con su Corazón. Recomienda el franciscano implorar de Dios que transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne²¹ «a fin de que injerte a María en tu interior y

tú la ames de verdad como corazón tuyo, y puedas tener con ella un solo corazón y una sola alma, y ella te nutra con un casto temor, mediante la gracia, te enfervorice con un amor santo y con la justicia, y cuando te haya transformado tal como es ella, estarás entonces lleno de bienaventuranza y de gozo» y en conclusión añade: «Que, después de Dios, no haya nada en el mundo que tú ames más íntimamente, más dulcemente, más auténticamente, más intensamente y con todo el corazón, que a María».²²

En las exhortaciones de este franciscano de los primeros tiempos puede, quizá, percibirse como un eco de la salutación que san Francisco dirigía a la Virgen y que concluía con estas palabras: «¡Salve, casa de Dios! ¡Salve, vestidura de Dios! ¡Salve, esclava de Dios! ¡Salve, Madre de Dios! ¡Salve, también todas vosotras, santas virtudes, que por la gracia e iluminación del Espíritu Santo, sois infundidas en los corazones de los fieles, para hacerlos, de infieles, fieles a Dios!»²³

18. Cf. Gn 2, 9.

19. *Testi mariani*, cit., 415.

20. *Ibid.*, id.

21. Cf. Ez 36, 26.

22. *Testi mariani*, cit., 416.

23. *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, (BAC, Madrid, 1945) 68.

Oración por la paz y por la familia

Algunas circunstancias históricas ayudan a dar un nuevo impulso a la propagación del Rosario. Ante todo, la urgencia de implorar de Dios *el don de la paz*. El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis predecesores y por mí mismo como *oración por la paz*. Al inicio de un milenio que se ha abierto con las horribles escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001 y que ve cada día en muchas partes del mundo nuevos episodios de sangre y violencia, promover el Rosario significa sumirse en la contemplación del misterio de Aquel que «es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (Ef 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atención a la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano.

JUAN PABLO II: *Rosarium Virginis Mariae*

Tras setenta y cinco años de infructuosas demandas, llegaron los tiempos dispuestos por Jesús para introducir la fiesta de su Corazón en la Iglesia

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«Mientras la devoción al Corazón de Jesús no haya germinado en tierra romana, no será verdaderamente católica; hasta que el Padre y Pastor de las naciones no haya hecho resonar su voz, las ovejas dudarán.» (P. Hamon)

HABÍAN transcurrido setenta y cinco años desde la muerte de santa Margarita María. La semilla del mensaje de misericordia que el Hijo de Dios le había encomendado dar a conocer había caído en buena tierra y había brotado, y la devoción al Corazón de Jesús, sorteando anunciadas contradicciones, arraigaba ya en amplias parcelas del jardín de la Iglesia. Al cuidado providente y amoroso del divino jardinero, crecía pujante bajo el sol de su amor y el rocío de su gracia, pero la fiesta dedicada a su Corazón misericordioso, pedida en 1673 expresamente por Él, al cabo de casi un siglo no había sido aún aceptada oficialmente por la Iglesia.

Durante estos decenios los fieles devotos habían preparado el camino fundando bajo su nombre centenares de cofradías y hermandades, bendecidas por la Santa Sede mediante indulgencias en sus breves de aprobación. Así la devoción al divino Corazón de Jesús estaba ya ampliamente extendida por Francia, España y Polonia, y también por Alemania, Italia, Portugal y los Países Bajos. Los jóvenes jesuitas franceses la habían introducido en el Canadá, en Siria y China, y los misioneros españoles la habían hecho popular en toda la América hispana, y así, en ambos hemisferios, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas de todas las órdenes, y muchedumbres de fieles, predicaban, rezaban, escribían, se consagraban, reparaban y se sacrificaban para que el Corazón de Jesús triunfara. Son ya muchos los que han respondido a su mensaje de misericordia, pero no es suficiente, pues la devoción está destinada a todos, y para que la totalidad del pueblo cristiano reciba y acepte la invitación del Corazón de Jesús, «ha de oír la llamada de su santa esposa, la Iglesia católica de Roma; pues mientras el padre y pastor de las naciones no haya hecho resonar su voz, las

ovejas dudarán, mientras la devoción no haya germinado en tierra romana, no será verdaderamente católica.» (P. Hamon)

Jesús había pedido a santa Margarita María que instase del Papa la aprobación de la fiesta de su Corazón, y ella, desde la clausura de su monasterio de Paray, se desvió por lograrlo, pero sus intentos fracasaron y no pudo verlos cumplidos en sus años de vida terrena. Sus discípulos continuaron sus instancias y desde 1690 no cesaron de mirar hacia el Romano Pontífice, porfiando durante setenta y cinco años por su formal aprobación. El éxito no había acompañado a sus reiteradas demandas, pero como los designios de salvación de Dios se cumplen siempre, y sus promesas no caducan, tras de tiempos de contradicción vinieron tiempos de esperanza, tiempos que el Señor había sabiamente dispuesto para que en ellos se realizara su deseo de que la Iglesia estableciera la fiesta que pedía, y con ella el culto ya público y oficial de la devoción de su divino Corazón. Este tiempo llegaría en 1765, y el Vicario de Jesús en la tierra que debía cumplir sus deseos iba a ser Clemente XIII.

La nueva arca del Corazón de Dios está amorosamente dispuesta para albergar a todos los hombres —«Venid a mí todos»— pero los ha de convocar su santa esposa, la Iglesia católica.

EL nuevo mensaje de misericordia manifestado en Paray no era particular ni opcional, ni estaba reservado a la contemplación de un grupo escogido de almas selectas, pues la herida abierta en el Corazón de Jesús había de ser el camino y la puerta de entrada en la nueva arca de salvación preparada por Dios para todos los hombres de los últimos tiempos. Era preciso, pues, que todos oyeran las insistentes llamadas de Jesús a abrigarse y reposar en ella: «Venid a mí todos», todos los que estáis cansados y penáis bajo el peso de la carga. El mensaje, oportunamente dirigido a los hombres de estos últimos tiempos, nos invita a entrar confiados

en esta nueva arca del Corazón de Dios, que tiene anchura y espacio insondables, y está amorosamente dispuesta para albergarnos gozosamente a todos, y donde los más miserables gozan de preferencia para poder reclinar su cabeza sobre el Corazón de Dios.

Clemente XIII, antiguo hermano Carlos de San Ignacio de la Archicofradía del Corazón de Jesús en Roma

EN el año jubilar de 1725 unos devotos del Corazón de Jesús, miembros de la cofradía de las Cinco Llagas de Viterbo, peregrinan a Roma a ganar las indulgencias, y deciden fundar en ella una cofradía similar en los sótanos de la pobre iglesia de San Teodoro, para lo que acuden al papa Benedicto XIII en demanda de indulgencias. Cuando éste les preguntó qué nombre le iban a poner a la nueva Cofradía, le expusieron el de distintos santos, y el Papa les insinuó se podía llamar Cofradía del Sagrado Corazón, pero los cofrades la llamaron de San Ramón y Santa Jacinta, poniendo, eso sí, un cuadro del Corazón de Jesús en el oratorio.

Cuando poco después, el obispo de Marsella Mons. Belsunce solicitó para su diócesis el privilegio de rezar el oficio y celebrar la misa del Corazón de Jesús, movido por su ejemplo, Benedicto XIII encargó al cardenal vicario buscar el medio de establecer él también la devoción en su diócesis de Roma. Este cardenal era buen amigo del padre Galliffet, y ambos propusieron a los recientes cofrades de la iglesia de San Teodoro se pusieran bajo la advocación del Sagrado Corazón, lo que esta vez hicieron, convirtiendo así el 10 de febrero de 1729 su cofradía de San Ramón y Santa Jacinta en cofradía del Corazón de Jesús. El padre Galliffet, por encargo del Papa, predicó en su inauguración, animando a los nuevos cofrades a trabajar y ofrecer sus sufrimientos por la realización de las promesas anunciadas en Paray-le-Monial, trasmitiéndoles su convicción de que pronto podrían celebrar su fiesta con toda la Iglesia universal.

Así iba a ser, aunque no tan pronto como creía el celoso padre Galliffet. El Corazón de Jesús dejaba entonces caer la semilla de su devoción en dos jóvenes miembros de esta archicofradía romana allí presentes: uno habría de ser san Leonardo de Porto-Mauricio, el popular misionero franciscano que la predicaría por toda Italia, y otro, Carlos de la Torre Rezzonico, el cofrade Carlos de San Ignacio, a quien había destinado para que, elegido Papa, treinta y seis años después, en 1765, autorizara oficialmente su fiesta y concediera misa y oficio propios para Polonia y su querida Archicofradía romana.

«Al sentarse en el trono pontificio Clemente XIII, juzgaron los fervorosos devotos del Corazón de Jesús llegado el momento de intentar nuevamente, con probabilidades de éxito, la obtención de la meta de sus aspiraciones: la misa y oficio propio del Sagrado Corazón de Jesús.» (P. Hilario Marín S.I.)

YA vimos como a la muerte de Benedicto XIV le sucedió «El santo pontífice Clemente XIII, resuelto á cuanto fuera por amplificar las glorias del Corazón santísimo de Jesús», tras cuyo advenimiento, «Animados con esto, los preladados españoles, diéronse prisa la mayor parte de ellos, por los años de 1763 y 1764, a demandar instantemente de nuevo la concesión tan deseada del rezo y misa del Corazón divino» (P. Uriarte, S.I.). En los primeros años de su pontificado Clemente XIII siguió aprobando y concediendo indulgencias a las nuevas peticiones que se presentaban por las cofradías del Corazón de Jesús, y que fueron 63, entre ellas las de Larrainzar y Alcoz en Navarra en 1758, y en 1761 las de Méjico y Guadalajara en Indias. A partir de 1762 comenzaron a llegar a la Santa Sede numerosas súplicas en demanda de la fiesta del Corazón de Jesús, encabezadas por las de ocho ilustres obispos polacos, que serían distinguidos como sus principales promotores, a las que siguieron hasta 148 peticiones episcopales más, de ellas 33 españolas, y muchas otras procedentes de capítulos generales de órdenes religiosas y congregaciones de todo el mundo.

La mayoría de obispos españoles entre 1762 y 1764 piden a Roma la fiesta del Corazón de Jesús.

EL padre Nilles, S.I., refiere el catálogo de los preladados españoles y cabildos catedralicios que, en número de treinta y tres, enviaron a Roma desde 1762 a 1764 su petición de autorización de la fiesta del Corazón de Jesús en sus respectivas jurisdicciones, entre los que cita al cardenal de Solís, arzobispo de Sevilla; a los arzobispos de Granada Pedro Barbeta; al de Valencia, Andrés Mayoral; y al arzobispo de Tarragona Lorenzo Despuig. Entre los obispos a Asensio Sales, de Barcelona; Manuel Macías, de Lérida; José de Mezquia, de Solsona; Francisco Fernández de Játiva, de Urgel; Luis García Manero, de Tortosa; Francisco Bocanegra, de Guadix; Benito Mann, de Jaén; Manuel Pérez Minayo; de Badajoz; Antonio Sánchez Sardinero, de Huesca; Tomás del Valle, de Cádiz; Juan García Álvaro, de Coria; Juan Navarro, de Alabarracín; Francisco Rodríguez Chico, de Teruel; Juan

Manrique de Lara, de Plasencia; Martín de Barcia, de Córdoba; Isidoro de Carvajal, de Cuenca; y José Franquis Laso de Castilla, de Málaga, amén de otros cabildos catedralicios solicitantes.

Advierte el padre Uriarte que en la relación no aparecen todos los prelados, pues «unos estarían imposibilitados para recurrir a Roma; otros no querían descubrirse tan a las claras; algunos, muy contados, no sufrían el que se los metiese en el número de los “cordícolas”, como ya entonces empezaban a llamar por burla a los devotos y adoradores del Corazón augusto de Jesús».

Vimos también como por aquellos años de 1762 y 1763 la reina de Francia María Leszcynska instaba a su padre Estanislao, entonces duque de Lorena, y a su consuegro Augusto II, rey de Polonia, a que enviaran sendas demandas a Roma pidiendo la fiesta para sus respectivos países, y en 1764 la pedía también el príncipe Clemente Francisco, duque de Baviera.

El memorial de los obispos polacos pidiendo la fiesta, reproduce textualmente el contenido del libro del padre Galliffet

EL padre Galliffet ni en 1727 ni en 1729 había logrado que su documentado libro sobre el fundamento de la devoción al Corazón de Jesús sirviera para que Roma aprobase entonces su fiesta, pero el valioso contenido de su obra iba a desempeñar ahora un papel decisivo. El decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 1765, que instituye la fiesta solicitada, dice que la concede en el sentido pedido en el memorial de los obispos polacos, y este memorial fue todo él sacado del libro del padre Galliffet, del que reproduce textualmente muchos pasajes. Por ello —dice el padre Hamon— si queremos saber cómo la Iglesia ha entendido y aprobado la devoción al Corazón de Jesús, no hay más que consultar el libro del padre Galliffet, que habría servido por fin, cuarenta años después de haberse escrito, para la aprobación de su fiesta.

«Para que nuestra demanda sea más fácilmente admitida, la restringimos únicamente al reino de Polonia, al reino de España, y a la Archicofradía del santísimo Corazón de Jesús de nuestra ciudad de Roma.»

ESTE memorial, juntamente con la demanda de los postuladores, fue presentado en enero de 1765 por el prestigioso teólogo Juan B. Alegiani, abogado de la causa, ante la Sagrada Congregación de Ritos, y en la suplica final los reinos

para los que se instaba la concesión eran los de Polonia y España: «Aunque nuestro deseo hubiera sido pedir la concesión del oficio y misa para toda la Iglesia, como de hecho se pide en cartas e instancias antes indicadas, con todo, para que nuestra demanda sea más fácilmente admitida, la restringimos únicamente al reino de Polonia, al reino de España, y también a la muy alabada Archicofradía que, bajo el título del santísimo Corazón de Jesús, se halla erigida en la iglesia de san Teodoro de nuestra ciudad de Roma, y a sus cofradías asociadas.»

Comenta el padre Uriarte que si se hace referencia en primer lugar a Polonia, por la piedad, religión y devoción de sus naturales al Corazón de Jesús, como consta por las cartas de sus reyes y obispos, se sigue luego refiriéndose a España. Así se lee en el memorial: «las mismas razones que se dan para el reino de Polonia, se dan en total igualdad para el de España, donde no menos que en Polonia florece la devoción y el amor tiernísimo al Sagrado Corazón de Jesús; de que se ha erigido un crecido número de congregaciones en su honor; de que se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad en muchos lugares, sin exceptuar las más principales iglesias; de que se recurre al Corazón divino en las calamidades públicas y privadas, y de que muchos obtienen por su invocación gracias y milagros; ahí están las listas tantas veces citadas de los breves, concediendo indulgencias, y sobre todo las cartas de arzobispos, obispos y cabildos de España, que, según constan en el sumario, ascienden a la respetable cifra de treinta y tres, y que tratan de eso muy en extenso.»

¿Por qué la fiesta no se concede a España?

Si el memorial y la petición de los postuladores fueron admitidos por la Congregación redactados en estos términos, el padre Uriarte se pregunta: «Esto supuesto, quisiéramos se nos dijese, cómo se explica el que en el decreto de 6 de febrero del mismo año de 1765 sólo aparezcan como instantes en la causa, y agraciados con el privilegio de la misa y rezo, los obispos de Polonia y los hermanos de la archicofradía de Roma.» Y si la fiesta, concedida inicialmente a los obispos de Polonia y a la Congregación Romana, la concederá el Papa a continuación a todo el que la pida, ¿por qué no la pidió entonces España?, sigue preguntándose el padre Uriarte: «Animadas con esta concesión las religiosas de la Visitación de N. Señora, piden el mismo privilegio para sus monasterios; y se les concede, con fecha 10 de julio del propio año de 1765: pídelo el clero de Roma con pretexto de la basílica de San Juan de Letrán; y también se les concede el

16 de agosto de aquel año: pídelo igualmente para sus estados la reina María Francisca de Portugal, y se le concede lo mismo el 16 de mayo de 1777. Y entre tanto ¿qué hace nuestra España? ¿Adónde han ido a parar tantas súplicas tuyas desde el 10 de marzo de 1727 hasta el 18 de septiembre de 1764?»

Los iluminados ministros del infeliz Carlos III

PROSIGUE el padre Uriarte: «Dice el padre Nilles que después de la instancia primera, desistieron de suplicar por España los postuladores de la causa del Sagrado Corazón. En esto, por desgracia, no hay duda: pero ¿cuál fue el motivo de semejante desistimiento, y cuál el de que no saliera bien despachada la petición desde el principio? El padre Nilles no lo dice: nosotros no lo queremos decir, si bien lo sabemos demasiado: por cuanto el decirlo sería inútil por una parte, y por otra repugnante y vergonzoso. ¡Pobres reyes cuando caen en manos de gente incrédula y vendida!

El que mandaba entonces en España era Carlos III, hombre religioso, príncipe de muchas esperanzas, buen rey, si no le hubieran engañado, nunca corrompido, malos y traidores consejeros; mas reinaba en un tiempo en que disponiéndolo Dios así, iban a hacer causa común para los impíos el amor o el odio al Corazón y a la Compañía de Jesús; en un tiempo de autores tan ignorantes y trabucados, que no hacían escrúpulo de colocar y combatir en una misma línea la devoción al Corazón de Jesús, el probabilismo y el regicidio, con otras sandeces por el estilo. En tal confusión de ideas, fomentadas por personas que sabían de sobra lo que se hacían, ¿qué se pudiera esperar del pobre, del malogrado Carlos III? Destierra éste la Compañía de España, y no quedó por él, mejor dicho por sus ministros, el que no se destronara completamente al Sagrado Corazón de Jesús, de los nobilísimos pechos españoles.

Después del extrañamiento de la Compañía y antes de entregar su iglesia de Madrid a los capellanes de los Reales Estudios de San Isidro, «Roda aconsejó quitar las imágenes del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen de la Luz». Y añadía «este es uno de los puntos que juzgo más esenciales para

borrar la memoria de esta gente y de sus supersticiones.» (E. Jiménez López)

«La Compañía ha trabajado mucho por este importante asunto desde el comienzo de nuestros desastres» (P. Bridault S.I.)

Tras las expulsiones de Portugal y Francia y las crecientes presiones de las cortes borbónicas ante la Santa Sede para lograr la extinción de su orden, los superiores jesuitas, viéndose abandonados por casi todos los poderes humanos en que en otro tiempo tanto habían confiado, recordando el suavísimo encargo y las promesas del Corazón de Jesús a él vinculadas, apoyaron con fuerza la petición de la fiesta hecha por Polonia y España. Como reconoce paladinamente el padre Bridault, S.I., secretario del asistente de Francia en Roma, escribiendo al provincial de Aquitania sobre el decreto que autorizaba la fiesta del Corazón de Jesús: «Sin que haya trascendido, nuestra Compañía ha trabajado mucho por este importante asunto desde el comienzo de nuestros desastres». El Señor escribe recto con renglones desastrados.

Previa revocación de la decisión de 30 de julio de 1729, la Congregación de Ritos accede a las súplicas de los obispos de Polonia y de la cofradía de Roma, lo que fue aprobado en todo por el Papa

LA Sagrada Congregación de Ritos se reunió el 26 de enero de 1765 para deliberar sobre la concesión de la solicitud de oficio y misa del Sagrado Corazón de Jesús, y mediante el rescripto «Instántibus» el 6 de febrero de 1765 resolvía: «La Sagrada Congregación de Ritos... previa revocación de la decisión de 30 de julio de 1729, creyó debía acceder a las súplicas de los obispos del reino de Polonia y de la cofradía de Roma... y habiendo dado cuenta de este voto a nuestro santísimo señor el papa Clemente XIII, Su Santidad, después de leído su tenor lo aprobó en todo y por todo, hoy, 6 de febrero de 1765.»

Del contenido del memorial, de las deliberaciones de la Sagrada Congregación de Ritos, y de su total aprobación por el papa Clemente XIII, daremos cuenta en próximo artículo.



«Yo le resucitaré en el último día...»

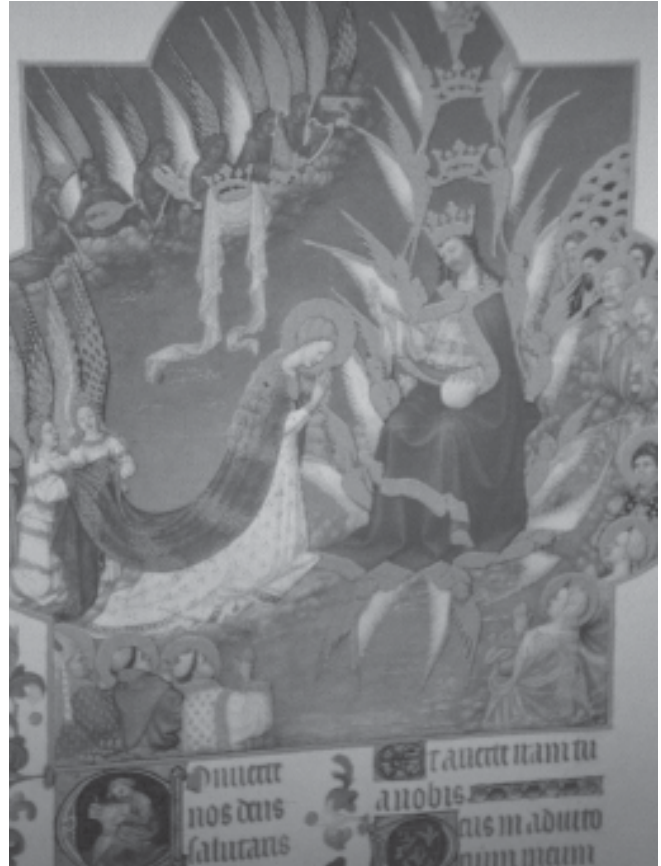
RAMÓN GELPÍ
www.christusregnat.com

ESTA es la expresión con la que Jesús promete la vida eterna, según transcribe san Juan en seis ocasiones. Otras muchas, casi incontables, de significado similar, aparecen en los cuatro evangelistas al referir la vida pública de Jesús. Jesús hablaba mucho de la vida eterna, y continuamente la vinculaba a Sí mismo. En efecto, las promesas de la salvación eterna, fruto de la redención de Cristo, son inseparables de la propia fe. No es posible creer en Dios, sin tener al mismo tiempo la esperanza teológica de la bienaventuranza.

Por esta razón es teológicamente incorrecto, aunque muy bello y sentidamente místico, el conocido soneto de autor indeterminado, que comienza así: «No me mueve, mi Dios, para quererte...» y sigue después: «... aunque no hubiera cielo te quisiera y aunque no hubiera infierno te temiera ...» No es correcto desde luego, como hemos dicho, desvincular a la esperanza de la fe. Y es que Jesús nunca las separó cuando predicaba a las gentes: «La voluntad de mi Padre es que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna» (Jn 6,40); «Quien escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene la vida eterna» (Jn 5,24); «Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día» (Jn 6,54); «En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si eso no fuera así os lo hubiera dicho. Allí voy a preparar un lugar para vosotros. Y cuando habré ido, y os habré preparado un lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros» (Jn 14,2-3).

Hoy se habla poco de la vida eterna, del cielo, y esto hace que, a veces, la fe de los cristianos se vea faltada de una verdadera perspectiva teológica. Esta carencia, debida frecuentemente a una predicación incompleta, o incluso torpe, tiende a que la esperanza de los fieles se enfríe. Queremos en este artículo, con motivo de la festividad de Todos los Santos, suplir mínimamente esta carencia, y hacer atractiva, en la medida de lo posible, nuestra propia salvación y la de nuestros allegados. Debemos pensar más en la salvación, por esto hoy vamos a contemplar este cielo que Cristo nos promete, a fin de que se nos abra la esperanza y en verdad lo deseemos.

¿Pero qué es lo que debemos esperar de la bienaventuranza? Veamos en primer lugar un extracto



«Les très riches heures du duc de Berry», de Jean Colombe. Alegoría de la Gloria.

de lo que dice santo Tomás en la Suma teológica:

«La bienaventuranza es el bien perfecto que calma totalmente el apetito, de lo contrario no sería fin último si aún quedara algo apetecible. Pero el objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal. Por eso está claro que sólo el bien universal puede calmar la voluntad del hombre. Ahora bien, esto no se encuentra en algo creado, sino sólo en Dios, porque toda criatura tiene una bondad participada. Por tanto, sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre, como se dice en Sal 102,5: El que colma de bienes tu deseo. Luego la bienaventuranza del hombre consiste en Dios solo.» (Suma I-II, q.2 a.8)

«La bienaventuranza última y perfecta sólo puede estar en la visión de la esencia divina. Para comprenderlo claramente, hay que considerar... que el

hombre no es perfectamente bienaventurado mientras le quede algo que desear y buscar... Así, pues, se requiere, para una bienaventuranza perfecta, que el entendimiento alcance la esencia misma de la causa primera. Y así tendrá su perfección mediante una unión con Dios como con su objeto, en lo único en que consiste la bienaventuranza del hombre, como ya se dijo en q.2 a.8.» (Suma I-II, q.3 a.8)

Por su parte, el Catecismo de la Iglesia católica, concretando algo más, nos señala como causa directa de nuestra bienaventuranza, la Redención llevada a cabo por nuestro Señor, mediante el sacrificio de la cruz:

1026 Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha «abierto» el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él.

1028 A causa de su trascendencia, Dios no puede ser visto tal cual es más que cuando Él mismo abre su Misterio a la contemplación inmediata del hombre y le da la capacidad para ello. Esta contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia «la visión beatífica»

¿Como ha de ser el cielo? Es imposible abarcar con nuestra razón humana, el grado sumo de felicidad que se alcanza en la mencionada «visión beatífica», por esto ninguna descripción es posible. Cabe, no obstante, una pequeña aproximación, asequible a nuestro entendimiento, si pensamos que es en nuestro compuesto de alma y cuerpo, que estamos llamados a participar en la resurrección en Cristo. En efecto, nuestro cuerpo resucitado también ha de gozar de la visión de Dios: es dogma de fe; y Cristo también resucitó, con un cuerpo glorioso. Este cuerpo necesita de la acción de Dios mismo para poder ser capaz de «soportar» esta visión beatífica de que nos habla el Catecismo, y por esto sabemos que habrá de tener características distintas del cuerpo mortal. Las características del cuerpo resucitado son definidas por los escolásticos, por similitud con el cuerpo resucitado de nuestro Señor, en sus apariciones a los discípulos: claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.

Si leemos con atención la narración evangélica, después de la Resurrección, las apariciones de Jesús tienen todas estas características. Claro que esto es sólo lo «accesorio» de la bienaventuranza, pero sin duda es lo que más claramente podemos comprender, viéndolo en nuestro Señor resucitado. En

nuestra *Vida de Jesús, evangelios concordados*, hemos comentado estas apariciones de Jesús de la siguiente manera:

«Llama la atención la forma misteriosa de estas apariciones, en las que en un primer momento no le reconocen. Es curioso observar que no le reconocen por su apariencia y sí claramente por sus palabras o acciones. Este hecho no añade ni quita ningún motivo de credibilidad, pero permite reflexionar sobre la resurrección de los muertos prometida por Cristo y las facultades de los cuerpos gloriosos.» Recordemos también la visión que tuvieron Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, en la que tan cerca estuvieron de la bienaventuranza.

No olvidemos tampoco que el fundamento de nuestra esperanza teologal está en la confianza en nuestro Señor, en sus promesas y en su infinito amor. Los devotos del Sagrado Corazón entienden muy bien este grado de confianza, que se encierra íntegramente en la frase «en vos confío» de la jaculatoria referida al Corazón de Jesús. Sabemos que nada merecemos, pero es por su misericordia que esperamos gozar con Él esta bienaventuranza eterna. Bienaventuranza que Él mismo posee infinitamente, como sabemos, y nos la ofrece de forma gratuita.

El ejemplo más evidente de esta promesa está en la consoladora respuesta que da Jesús al Buen Ladrón, en el Calvario. Es, sin duda, la expresión más clara de esta verdad que contemplamos, y son palabras ante las que, viendo la escena con atención, difícilmente podemos quedar indiferentes. La rotundidad de la respuesta de Jesús no tiene matices: «... en verdad te digo; hoy estarás conmigo en el paraíso ...». ¡Qué gran consuelo para el Buen Ladrón! La esperanza teologal no es algo inconcreto, metafísico, Jesús le promete el paraíso «hoy», es decir, inmediatamente después de morir en el Calvario.

También para nosotros que confiamos en Cristo y las promesas de su Corazón amoroso, este pasaje del evangelio de san Lucas es muy consolador. Ciertamente creemos en una necesaria purificación previa a la contemplación de Dios en su gloria; el purgatorio es una verdad de fe. Pero esto no impide que se considere realmente como inmediata la salvación del alma que se halla en gracia. En todo caso, pensemos que sólo Dios conoce el valor absoluto de los tiempos y en Él confiamos.

Ojalá que siempre tengamos esta perspectiva sobrenatural de nuestra existencia, pero si nuestra esperanza flaquea alguna vez, recordemos también aquellas palabras de san Pedro, cuando Jesús le pregunta si también él quiere abandonarle: «Señor: ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,69).



Pequeñas lecciones de historia

Historias de Montserrat (I): «Laus perennis»

GERARDO MANRESA

Con motivo del 125 aniversario de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de Montserrat, en los próximos meses relataremos algunas efemérides sucedidas a lo largo de los siglos referentes a su historia.

DE todas las manifestaciones montserratinas que se han producido a lo largo de los siglos la que ha superado todas las dificultades ha sido la manifestación externa del culto a la Virgen Bruna. La vida del santuario ha tenido épocas más brillantes o incluso de decaimiento debido a los cambios en la comunidad, pero el culto ha prosperado siempre y esto constituye el título más glorioso del Monasterio.

Grandes dificultades orográficas retrasaron muchos años la construcción de un templo proporcionado a la cantidad de peregrinos que acudían a venerar a la Virgen Bruna, pero el clima cautivador de misticismo que existía en dicha exquisita iglesia románica suplía ventajosamente la pequeñez natural. Carlos V, que subió nueve veces al monasterio a venerar a la Virgen según testimonio de su historiógrafo, Sandoval, amaba apasionadamente aquella iglesia y repetía a menudo que le impactaba en ella algo de divino que no sabía expresar.

¿Qué tenía aquella iglesia? Después de la construcción del monasterio por el abad Oliva, en los años 1025-1050, existían en la montaña dos comunidades, la de los monjes, dependientes de Ripoll y la de los eremitas, que desde hacía siglos vivían en aquella montaña. En los primeros años del siglo XII, debido a la importancia que iba adquiriendo el monasterio en la Cristianidad occidental de aquel tiempo empezaron a llegar seculares que querían entregar su vida y sus bienes a la Virgen Bruna de Montserrat y formaron una comunidad de «donados», en catalán *donats*, personas que se donaban, totalmente, a la Virgen. Por la misma época se empezó a formar la *Escolanía*, «grupo de niños que viven en el Monasterio y se dedican principalmente a la formación de un coro que permite dar más solemnidad al culto, al mismo tiempo que reciben formación cristiana».

También llegaban al santuario sacerdotes que habían decidido retirarse en Montserrat y dedicarse a santificar su vida con su entrega al culto en la iglesia de la Virgen Bruna, incluso había familias importantes del Principado, que para tener una presencia constante ante la Virgen mantenían en Montserrat a un sacerdote para que orara por la familia y sus intenciones.

Todos ellos formaban un gran colectivo que se organizó de tal modo que consiguieron durante muchos siglos, salvo en momentos de persecución, que el culto diario en el monasterio de Montserrat, para gloria y ho-

nor de Dios y de su Madre, lo que se llama el «Laus perennis» fuera de una dignidad, belleza y reverencia extraordinarios y se extendiera durante las veinticuatro horas del día. Día y noche estaban todos los colectivos enumerados, junto con los peregrinos, que constantemente llegaban a Montserrat alabando y cantando al Señor y a su Madre.

El gesto más usual entre los peregrinos, devotos y personas que habían recibido favores de la Virgen Bruna era el de donar lámparas, cera y cirios de forma que se mantuvieran encendidas delante de la Virgen, como símbolo de la presencia personal de ellos mismos. También muchas personas, en la hora de la muerte dejaban grandes donativos de cera para mantener encendidas las lámparas. Todo ello creaba dentro de la iglesia una iluminación extraordinaria. Hay que recordar que delante del setial de la Virgen Bruna quemaban constantemente setenta y cuatro lámparas. Se explica que, en los siglos XV y XVI el ambiente que se creaba en la iglesia entre la iluminación y la presencia de gran cantidad de peregrinos era tal que en muchos momentos apenas se podía respirar dentro de la basílica y era preciso salir de la misma para no ahogarse.

El culto, en este ambiente de iluminación, con los constantes cánticos, ya fuera de los monjes, ya de los eremitas o de los sacerdotes, dejaban una impresión imborrable en la memoria del peregrino. Desde las cero horas en que los monjes iniciaban los Laudes hasta las doce de la noche en que los eremitas acababan de hacer las Vísperas y Completas no cesaban los cánticos, pero el punto culminante era la misa mayor con la presencia de todos los monjes, donados y sacerdotes, cantada por la Escolanía y celebrada con un respeto y dignidad insuperables.

Los documentos hablan de que la presencia de peregrinos era constante y durante la noche se unían a los colectivos que celebraban la oración nocturna unas cien personas cada día y así una noche se unió a ellas el rey de Aragón, Pedro III y siglos más tarde, lo hizo Iñigo de Loyola.

Así se explica como muchas personas, no peregrinos habituales de Nuestra Señora de Montserrat quedaban impresionados por el clima de piedad casi mística que se vivía en aquella basílica.

Aún hoy día llegan a la Virgen de Montserrat peregrinos de todos los países del mundo y se postran ante la Virgen Bruna, quedando prendados por las ceremonias litúrgicas de los monjes y los cantos de la Escolanía, pues aunque no se extienden a las veinticuatro horas del día como antaño, sí mantienen el clima de reverencia y piedad que ayudan a elevar el corazón a Dios y a su Madre, la Virgen Bruna.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Congreso Internacional sobre el Sagrado Corazón de Jesús

ORGANIZADO por el Apostolado de la Oración, el Instituto de Teología Espiritual de Barcelona, la Fundación Balmesiana y Schola Cordis Iesu, los próximos 1, 2 y 3 de junio de 2007 tendrá lugar en la Ciudad Condal el Congreso Internacional sobre el Sagrado Corazón con el lema «Cor Iesu, Fons Vitae».

Las sesiones se desarrollarán en los locales del Seminario Conciliar de Barcelona, la Fundación Balmesiana y el Templo Expiatorio del Tibidabo y tendrán como ponentes al cardenal Albert Vanhoye, S.J., al doctor Ignacio Andereggen, pbro., al padre Edouard Glotin, S.J., al doctor José Antonio Sayés, pbro., al doctor Francisco Canals y al doctor José M^a Petit.

El Congreso se centrará básicamente en el cincuentenario de la encíclica *Haurietis aquas*, la figura del venerable Bernardo de Hoyos, la devoción el Corazón del Verbo Encarnado, el Corazón de Jesús como fuente de amor y misericordia, el Corazón de Jesús y la vida sacramental, el padecimiento del Corazón de Jesús y el sentido de la reparación consoladora, el Corazón de Jesús como fuente de esperanza para la Iglesia, como fuente de vida y como fuente de la nueva evangelización.

Curso virtual sobre el Sagrado Corazón

LA Legión de María Juvenil de la parroquia San Juan Bautista, de Valentín Alsina (provincia de Buenos Aires), dictará un curso gratuito sobre el Sagrado Corazón, vía correo electrónico.

Las clases, cuya finalidad será introducir al conocimiento de la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús «y así ayudar a conocer, amar, vivir y testimoniar el amor de Nuestro Señor», según lo expresado por el presbítero Juan Ramón Celeiro, se desarrollarán en diez lecciones y tratarán los siguientes temas: El Corazón de Cristo y el Magisterio, fundamentación bíblica y patrística, historia del culto al Sagrado Corazón, el amor de Dios a los hombres, nuestra respuesta, la consagración personal y familiar, la reparación o corredención en Cristo, el amor a los hermanos, prácticas de piedad, las promesas del Sagrado Corazón.

La iniciativa surge en respuesta a la carta sobre el culto al Corazón de Jesús del papa Benedicto XVI, donde afirma que este culto «totalmente orientado al amor de Dios que se sacrifica por nosotros tiene una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor». Los interesados podrán comunicarse por e-mail a la siguiente dirección: cursocorazondecristo@gmail.com.

Campaña de terror contra los cristianos iraquíes de cualquier denominación

SEGÚN informaba la agencia Zenit, más de medio millar de personas participaron el pasado 12 de octubre en el funeral oficiado en la iglesia ortodoxa de San Ephrem (en la ciudad iraquí de Mosul) en sufragio del alma del padre Paulos Eskandar, hallado decapitado y mutilado la víspera tras cinco días de secuestro.

La agencia del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras «AsiaNews.it» informa de que los familiares del sacerdote siro-ortodoxo han confirmado que los secuestradores habían pedido un rescate de trescientos cincuenta mil dólares y las excusas de la comunidad cristiana por las palabras del Papa en Ratisbona.

Monseñor Phillippe Najim, representante del Patriarcado caldeo de Bagdad ante la Santa Sede, recalcó a la emisora pontificia el 12 de octubre que se había pedido por el sacerdote siro-ortodoxo una «cifra enorme de rescate». «Y nosotros estábamos dispuestos a hablar de esto con los secuestradores y dar la suma pedida. A pesar de ello, hemos encontrado su cadáver», aterrorizando de esta manera a todos los cristianos en Iraq, sean o no católicos. En un comentario a la agencia del PIME, el arzobispo caldeo Louis Sako –de Kirkuk, norte de Iraq– alertaba: «En Bagdad y en Mosul los cristianos viven en el temor. Las familias no saben adónde ir: están aisladas, sin protección alguna».

Monseñor Najim recordó al padre Eskandar, quien desarrollaba su labor al servicio de ortodoxos y católicos, como «un hombre sencillo, amado por todos, que no hacía más que acoger a la gente en su iglesia para orar» y que «carecía de cualquier vínculo político ni de cualquier otro tipo. Era una persona de Dios, estimada por católicos y no católicos, también por los musulmanes, y brindaba su servicio

a todos». Monseñor Najim declaró además que están confirmadas las noticias de que se están produciendo secuestros y abusos en jóvenes cristianas en Iraq.

Octubre, mes del Rosario y de las Misiones

AL iniciar el mes de octubre y en la fiesta de santa Teresita del Niño Jesús, patrona de las Misiones, Benedicto XVI ha recordado ante miles de fieles y peregrinos en la residencia pontificia de Castel Gandolfo dos aspectos que, en la comunidad eclesial, caracterizan este mes: la oración del Rosario y el compromiso por las misiones.

El Rosario, esa oración tan sencilla y profunda, es la oración del cristiano que avanza en la peregrinación de la fe, en el seguimiento de Jesús, precedido por María. Por eso, el Santo Padre invitó a todos los católicos a rezar el Rosario durante este mes en familia, en las comunidades y en las parroquias por las intenciones del Papa, por la misión de la Iglesia y por la paz del mundo.

Octubre es también el mes misionero. La Iglesia es por su naturaleza misionera y su misión es la prolongación de la de Cristo: llevar a todos el amor de Dios, anunciándolo con las palabras y con el testimonio concreto de la caridad. Y señalando el ejemplo de la joven carmelita y doctora de la Iglesia, «que indicó como camino “sencillo” a la santidad el abandono confiado en el amor de Dios», el Papa nos exhortó a que santa Teresita, junto a María Santísima, Virgen del Rosario y Reina de las Misiones, «nos ayude a ser testigos creíbles del Evangelio de la caridad» y «nos conduzca a todos a Cristo Salvador».

Coincidiendo además con el inicio del mes de las misiones, las reliquias de santa Teresa del Niño Jesús han sido acogidas y veneradas en la capilla del palacio de *Propaganda Fide*, sede de la Congregación vaticana para la Evangelización de los Pueblos.

Se analiza un borrador de documento sobre los niños fallecidos sin el bautismo

LA Comisión Teológica Internacional comenzó el pasado 2 de octubre su sesión plenaria en el Vaticano en la que, entre otras cosas, está analizando el borrador de un documento sobre los niños fallecidos sin el bautismo. Según explicó el padre Luis Ladaria, S.I., secretario general de la Comisión, «no hay una definición dogmática, no hay una doctrina católica que sea vinculante» respecto a esta cuestión. Sabemos que durante muchos siglos se pensaba que estos niños iban al limbo, donde go-

zaban de una felicidad natural, pero no tenían la visión de Dios. A causa de los recientes desarrollos no sólo teológicos, sino también del Magisterio, esta creencia hoy está en crisis».

En la asamblea también se está examinando un primer borrador de documento sobre el tema de la identidad de la naturaleza y del método de la teología como «scientia fidei» (ciencia de la fe) y se está dando un intercambio de opiniones sobre los fundamentos de la ley moral natural a la luz de la enseñanza de las encíclicas de Juan Pablo II *Veritatis splendor* y *Fides et ratio*.

Cabe señalar que los documentos de esta Comisión no forman parte del magisterio de la Iglesia sino que buscan ayudar a la Santa Sede y especialmente a la Congregación para la Doctrina de la Fe a examinar cuestiones doctrinales de particular importancia.

Abren sus puertas los seminarios de Tarazona y de Terrassa

DESPUÉS de más de treinta años cerrado, el seminario Diocesano de la Inmaculada, de Tarazona, reemprendió el pasado mes de septiembre actividad formativa con la presencia de quince seminaristas. El obispo de Tarazona, monseñor Demetrio Fernández, inauguró el curso académico, con un acto que incluyó una misa del Espíritu Santo y una lección inaugural pronunciada por el arzobispo de Zaragoza, monseñor Manuel Ureña, sobre la actitud de la Iglesia ante el actual espíritu del mundo. Para monseñor Fernández, la vuelta de la comunidad de seminaristas mayores a Tarazona «es un enriquecimiento para nuestra diócesis, pequeña y humilde, pero que tiene capacidad para formar en todos sus aspectos a los que van a ser sacerdotes».

También la diócesis de Terrassa, tras poco más de dos años desde su creación, iniciaba este curso académico en el nuevo Seminario Mayor Diocesano, ubicado en el monasterio de la «Mare de Déu de Alguaire i Sant Joan de Jerusalem» (Valldoreix), ocupado hasta hace poco por religiosas sanjuanistas. Monseñor Josep Àngel Saiz Meneses, obispo de Terrassa, presidió el pasado 16 de octubre los actos de inauguración del Seminario que tuvieron como acto central la celebración de la Eucaristía. En la homilía destacó la importancia histórica de la celebración y recordó los rasgos que han de marcar la formación de los futuros sacerdotes de la diócesis: «pastores de una fe madura, sólida, contagiosa. Pastores cercanos a su pueblo desde la sencillez, la comprensión y la acogida. Pastores prudentes, firmes, que conduzcan al rebaño por el camino de la vida,

que lo acompañen en los momentos de dificultad y de prueba, que sean maestros de oración. Pastores fieles al magisterio de la Iglesia y educadores del Pueblo de Dios en la fe, que se nutran de la Palabra de Dios, que anuncien la Buena Noticia de Jesucristo con una palabra convencida y convincente. Pastores conscientes de la propia misión, que vivan con gozo la vocación recibida, que encuentren la plenitud afectiva y la realización personal en el ministerio que se les ha encomendado. Pastores de corazón generoso que vivan la caridad pastoral como eje central de su vida».

Declaración vaticana de excomunión para el arzobispo Milingo

LA Santa Sede ha seguido con profunda preocupación la actividad comenzada recientemente por monseñor Emmanuel Milingo, arzobispo emérito de Lusaka, con una nueva asociación de sacerdotes casados, sembrando división y desconcierto entre los fieles.

Exponentes de la Iglesia de diferentes niveles han tratado de contactar en vano con el arzobispo Milingo para disuadirle de proseguir con sus acciones, que causan escándalo, sobre todo entre los fieles que han seguido su ministerio pastoral a favor de los pobres y enfermos.

Teniendo en cuenta la comprensión manifesta-

da, incluso recientemente, por el sucesor de Pedro a este anciano pastor de la Iglesia, la Santa Sede ha esperado con paciencia vigilante la evolución de los acontecimientos, que por desgracia han llevado al arzobispo Milingo a una condición de irregularidad y de progresiva ruptura abierta con la comunión de la Iglesia, en un primer momento con el pretendido matrimonio y después con la ordenación de cuatro obispos, el domingo, 24 de septiembre en Washington.

Con este acto público, tanto el arzobispo Milingo como los cuatro ordenados han incurrido en la excomunión «*latae sententiae*», prevista por el canon 1382 del Código de Derecho Canónico. Además, la Iglesia no reconoce y no pretende reconocer en el futuro estas ordenaciones ni ninguna de las ordenaciones que de ellas se deriven, y considera que el estado canónico de los cuatro presuntos obispos es el mismo en el que se encontraban antes de la ordenación.

La Sede Apostólica, preocupada por la unidad y la paz del rebaño de Cristo, había esperado que la acción fraterna de personas cercanas al arzobispo Milingo sirviera para un replanteamiento y para su regreso a la plena comunión con el Papa. Por desgracia, los últimos sucesos han alejado estas esperanzas.

En momentos de sufrimiento eclesial como éste debe intensificarse la oración de toda la comunidad de los fieles.

Lo sant Rosari

*Corona de roses
si a la Verge fem,
corona de roses
en lo Cel tindrem.*

Domingo collia
les roses un dia
del Roser sagrat,
les quinze més belles
semblaven estrelles
del cel estrellat.

Que és l'*Ave Maria*
suau melodia
baixada del Cel;
pel llavi dolçura,
per l'ànima pura
rosada de mel.

Quan ne té una dena
en dolça cadena
l'enfila amb fil d'or;
hi lliga un Misteri,
bordó del psalteri
del Déu de l'amor.

Quan lo Sant li posa
la corona hermosa,
la Verge respon:
—Vull roses divines,
mes sens les espines
dels pecats del món.

Al devot que em dóna
de roses corona,
jo l'hi tornaré;
lo dia en que mòria

portals de la Glòria
jo li obriré.—

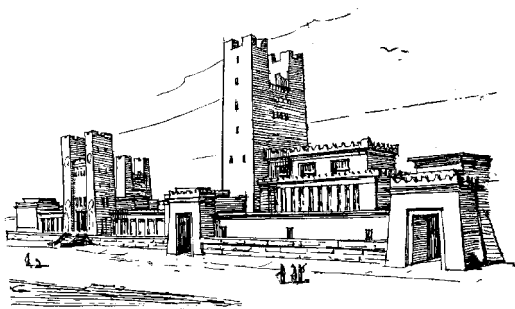
Del cel lo Rosari,
per qui vol pujar-hi,
l'escala serà;
cada *Ave Maria*
un graó seria,
la gloria un replà.

L'Església de Roma
amb ell a Mahoma
vencia a Lepant;
tres pedres tirava,
David, que trencava
lo front del gegant.

Lo dimoni en guerra
torna alçar la terra
contra Déu etern;
amb eixa arma forta
que la Verge ens porta
llencem-lo a l'infern!

Oh dolça llaçada,
cadena adorada!
Veni, pecadors,
amb ella voldria
la Verge Maria
lligar vostres cors.

MN. CINTO VERDAGUER



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Corea del Norte hace el mundo un poco más peligroso

LAS recientes pruebas nucleares efectuadas por Corea del Norte abren la puerta a un panorama internacional más sombrío y peligroso; basta una mirada al país, su líder y su famélico pero disciplinado pueblo para que la preocupación y el recuerdo de los peores años del comunismo vuelvan a nuestra memoria. Por encima de las posibilidades reales de que Corea del Norte utilice su nuevo armamento nuclear, podemos afirmar ya que el equilibrio mundial es aún más precario; en palabras del periodista Rafael Poch, «la socialización de la destrucción masiva es la gran novedad de nuestro tiempo».

Y es que hasta no hace tanto sólo unos pocos eran capaces de provocar esa destrucción masiva, mientras que el resto de los actores en la escena internacional se limitaban a defenderse o a luchar por un pequeño pedazo de territorio. Existían santuarios seguros desde donde otear, analizar y dar órdenes, pero esto se acabó: cualquiera, incluso un país exangüe, incluso una banda de terroristas, puede golpear en los lugares más insospechados. Esta «democratización» del poder destructivo, elemento clave para entender este nuestro inicio de siglo, cambia aspectos esenciales en la diplomacia y las relaciones internacionales. La política de amenaza y agresión del pez grande contra el chico, por ejemplo, ya no puede pretender ser impune. Hasta países tan insignificantes como Corea del Norte tienen capacidad de respuesta. Y más allá de los estados, la capacidad «privada» de grupos criminales de llevar a cabo grandes matanzas (he aquí una de las grandes lecciones del 11-S neoyorkino) lo cambia todo. Ya no hay guerras ni hegemonismo sin riesgos. El mundo se convierte en un lugar inquietante e inseguro para todos.

Algunos recuerdan que después de la primera guerra del Golfo, en 1991, cuando el secretario de Estado de Bush padre, James Baker, advirtió a Saddam Hussein contra tres conductas que merecerían una respuesta nuclear de los Estados Unidos, el viceministro de defensa indio dijo que la conclusión de todo aquello era: «nunca negocies con Estados Unidos, a menos que tengas armas nucleares».

La pervivencia de la «umma» musulmana

EL Pew Research Center, dentro de su proyecto «The Pew Global Project Attitudes», ha publicado un reciente estudio acerca de las actitudes de los musulmanes que viven en Europa. El propio Pew Research Center lo titula con el que, a su juicio, es el principal hallazgo del estudio: los musulmanes en Europa se preocupan más por el desempleo que por cuestiones identitarias o religiosas. Los comentarios más generalizados que se han podido leer en la prensa se centran en el nacimiento de un islam europeo, moderado e integrado, compuesto por personas que tienen las mismas preocupaciones que el resto de la población, esto es, principalmente el asegurarse un puesto de trabajo estable.

Sin negar este dato, el estudio en cuestión aporta varios datos más que matizan cuando no desmienten la pretendida emergencia de ese «euroislam». Por ejemplo, cuando se dice que el factor de mayor preocupación para los musulmanes ingleses es el desempleo, por delante del declinar de la religión o la influencia de la cultura pop, hay que matizar que los preocupados por el desempleo son el 46 %, mientras que los preocupados por los otros dos factores son el 45 % y el 44 % respectivamente. Una diferencia que hay que poner en su contexto (aunque para ello haya que leer la letra pequeña, algo a lo que la mayoría de periodistas y comentaristas no parecen muy habituados): estamos hablando, para los datos referidos a Gran Bretaña, de una encuesta telefónica realizada a 412 musulmanes y que según el Pew Research Center tiene un margen de error del 6 %.

Pero donde el estudio nos aporta una evidencia clara es en el terreno de las identidades y de las lealtades. Cuando se plantea la pregunta «¿Qué se considera usted en primer lugar, ciudadano de su país o musulmán/cristiano?» los resultados difieren sensiblemente en función de la religión del encuestado. Los que se reconocen como cristianos (otra cuestión estribaría en saber si hoy en Europa y en una encuesta telefónica este grupo es homogéneo) afirman sentirse antes ciudadanos de su país en porcentajes que oscilan entre el 83 % de Francia y el 59 % de Alemania y Gran Bretaña. Por el contrario, entre los musulmanes el porcentaje de quienes se consideran en pri-

mer lugar ciudadanos de sus países baja en picado (con la excepción de Francia, con una importante proporción de musulmanes de origen argelino debido a su pasado colonial, y donde el 42% se considera primero francés): solamente un 13% de los musulmanes alemanes se considera antes ciudadano alemán que musulmán, mientras que este porcentaje cae al 7 % en Gran Bretaña... ¡y a un 3 % en España!

Algunos argumentarán que es normal que a los musulmanes les resulte difícil identificarse con unas naciones que les son ajenas histórica y culturalmente, pero es el propio estudio quien viene a desmentir esta tesis: el porcentaje de quienes se sienten antes ciudadanos de sus respectivos países que musulmanes gira sólo en torno al 20 % en los países árabes (21 % en Jordania, 23 % en Egipto, ¡19 % en la teóricamente occidentalizada Turquía!), alcanzando en Pakistán un bajísimo 6 %. La razón de esta preeminencia de lo musulmán debe de encontrarse en otro lugar, y éste se llama *umma*.

En efecto, lo que el estudio del Pew Research Center muestra es la pervivencia de la *umma*, la comunidad religioso-política a la que pertenecen todos los musulmanes por encima de fronteras que ellos consideran arbitrarias. De hecho, en muchos casos lo son, pues el concepto de nación es ajeno al mundo islámico y en gran parte se estableció, a menudo con fundamentos dudosos, durante la descolonización. Esas naciones musulmanas nunca han conseguido crear una identidad nacional real y los intentos del panarabismo por trascenderlas no fueron más que la pretensión de restaurar una *umma* secularizada. Tras el fracaso del panarabismo, la *umma* en estado puro resurge por doquier y explica esta fidelidad a la comunidad islámica que constituye uno de los aspectos más centrales de la vida de todo musulmán. Otra conclusión evidente es la desaparición, por contraste, de la idea de Cristiandad entre los occidentales que, al menos nominalmente, se declaran cristianos. La religión cristiana ha dejado paso entre los europeos al culto a la nación, nuevo dios secular, o, cada vez más, al vacío más absoluto, eso sí, envuelto en oropeles tecnocráticos. No es difícil adivinar quien posee en su seno más potencial y fuerza, si la *umma* islámica o el vacío occidental.

Francia convierte en delito negar el genocidio armenio

LA Asamblea Nacional francesa aprobó por 106 votos a favor y 19 en contra esta propuesta de ley en medio de vítores y aplausos, ignorando las protestas oficiales de Turquía: quien ponga en duda públicamente la muerte de un millón y medio de armenios por parte de los turcos podrá ser

castigado en Francia con un año de prisión y una multa de cincuenta y seis mil dólares.

Muchos ven en la decisión del Legislativo francés un medio de cerrar la puerta de la Unión Europea a Turquía por parte de un país en el que esa posibilidad es ampliamente contestada.

La ministra francesa de Asuntos Europeos, Catherine Colonna, aseguró que el Ejecutivo que preside Dominique de Villepin «no es favorable» a esta medida, que puede tener «efectos contrarios a los deseados», argumentando que la existencia de otra ley, anterior y vigente, que reconoce el genocidio armenio es más que suficiente. Por su parte, el presidente del Parlamento turco, Bulent Arinc, calificó de «vergonzosa» la ley aprobada por Francia y la tildó de «acto hostil» contra su país. Asimismo, el canciller turco emitió un comunicado en el que refiere que, pese a los esfuerzos de Ankara, la aprobación de la ley supondrá un problema en las relaciones bilaterales. En su mensaje, Turquía puntualiza que: «Las relaciones turco-francesas han sufrido un duro golpe debido a la acción irresponsable de algunos políticos franceses que no han sido capaces de ver las consecuencias a largo plazo de sus políticas».

Según informes enviados desde las montañas del Cáucaso por misioneros cristianos y personal sanitario americano, el Ejército turco habría comenzado a atacar nuevamente a la población indígena armenia, arrasando pueblos y aldeas, confiscando las propiedades de los vecinos y asesinando familias enteras. Según los armenios, así comenzó el genocidio de su pueblo a manos turcas. Dos años más tarde, un millón y medio de armenios —la mitad del total— habrían muerto masacrados en una campaña organizada desde Estambul con el fin de aniquilar a este pueblo cristiano y así establecer un estado musulmán dentro de las fronteras del imperio. Y es que en el año 301, Armenia —un país montañoso sin salida al mar y con una extensión similar a Galicia— fue la primera nación del mundo en convertir el cristianismo en su religión oficial, trazando así un camino histórico diferente al de sus vecinos.

En Ankara, decenas de personas se concentraron ante la embajada francesa en la capital turca. Algunos manifestantes lanzaron objetos contra la sede diplomática. Por su parte, la Comisión Europea ha expresado su temor a que la penalización de la negación del genocidio armenio pueda bloquear el debate que se acaba de abrir para la integración de Turquía en la Unión Europea (UE). Aunque el comisario europeo de Ampliación, Oli Rehn, aún no ha reaccionado oficialmente, su portavoz, Krisztina Nagy, ha asegurado que el comisario lo considera como «un obstáculo al debate sobre el tema en Turquía». Esta ley envía un mensaje a Ankara: la historia no se borra y condiciona el presente de modo insospechado.



DAVID AMADO

MICHAEL D. O'BRIEN

El padre Elías. Un Apocalipsis

Madrid, Libros Libres, 2006

No lo tenía fácil Michael D. O'Brien al adentrarse en el *thriller* apocalíptico. Autores como Benson, Soloviev o Hugo Wast parecían haberlo dicho todo. Pero, señores, el club de los novelistas apocalípticos, para bien de todos, no está cerrado. O'Brien merece, con justo título, introducirse en él por la puerta grande y, con el tiempo, pasar a la bodega de las grandes reservas a las que siempre es oportuno acudir. *El padre Elías*, además, tiene una característica que lo hace aún más agradable al paladar, sobre todo al de nuestros tiempos, que siente una vagancia extrema a la hora de establecer analogías y comparaciones. Está ambientado en el tiempo actual y refleja las características del momento. Eso no pudieron hacerlo ni Benson ni Wast, que arriesgaron demasiado al imaginar el contexto que acompañaría a la venida del anticristo. Me refiero a los decorados, porque el contenido de aquellas obras, la idea que transmiten, es clarísima y está perfectamente reflejada en la narración. Pero *El padre Elías* no tiene esa característica, sino que se sitúa muy bien en nuestro momento. De esa manera el lector recorre con mayor facilidad las páginas porque el escenario que se le muestra no está tan lejos de su experiencia cotidiana. Es una novela de hoy que habla del Apocalipsis.

El padre Elías es un monje carmelita que recibe un encargo del Papa: descubrir si un influyente personaje, el presidente, es o no el anticristo. La obra en sí es una novela, detalle que no debe olvidarse nunca, pero que tiene en cuenta lo que la tradición de la Iglesia ha ido descubriendo en su meditación sobre el Apocalipsis y grandes dotes de sentido común.

El poder mundial se va unificando. Para ello es necesario no sólo reducir todas las autoridades a una sola sino también hacer sucumbir las religiones en una especie de credo sincretista. Como el sentido religioso no puede negarse, dado que está impreso en lo más hondo del corazón del hombre, lo que se pretende es cambiar su objeto. En lugar de adorar a Dios, en el centro se coloca al hombre.

¿Quiénes son los valedores de ese intento llevado a cabo en nombre de la humanidad? Gente influyente y eclesiásticos sin fe que seducidos por la vanidad e incapaces de mantenerse en la austera obediencia que enseña la Iglesia prefieren atajos que no conducen a ninguna parte que no el Camino de la verdad.

La novela tiene todos los ingredientes para resultar entretenida. Su lectura engancha. Alguien me ha dicho que le sobran cincuenta páginas. Es posible, pero las otras 586 valen muchísimo la pena.

Y de esta obra hay que subrayar algunos aspectos relevantes. Por una parte el autor ha reflejado bien que el anticristo es un hombre. No es Satanás disfrazado. No, es un hombre. Y los que le siguen lo hacen por un acto de apostasía, mezclado con mucha vanidad y afán de poder. Además, y el autor lo refleja con un talento extraordinario, en su misión, el padre Elías se ha de enfrentar no sólo a un poderoso enemigo sino también a los fantasmas de su pasado. Él fue superviviente del Holocausto, pasó por el ateísmo, estuvo casado y dejó de lado un brillante porvenir en la política por consagrarse al Señor. Así, con ese ejemplo de lucha humilde de un alma por ser fiel, se nos da la oportunidad de entrar en nuestra propia interioridad. El enemigo no está sólo fuera. También dentro, y de muchos sitios. Como señala Stratford Caldecott: «O'Brien ha escrito una obra profética y un manual de guerra espiritual. Léala y rece».





emos leído

ALDOBRANDO VALS

11-S (Nueva York) y 12-S (Ratisbona)

Entre las abundantes reacciones al discurso del Papa en Ratisbona rescatamos la interesante síntesis del estado de la cuestión que publicó Guillermo Elizalde Monroset:

Después de los grandes acontecimientos históricos, es frecuente encontrar voces que aclaren su significado y busquen su prolongación en el futuro. Así ocurrió cuando, recién terminada la II Guerra Mundial, Churchill habló en Missouri del «Telón de Acero» y la próxima Guerra Fría. Lo mismo sucedió con el colapso del comunismo, que Fukuyama interpretó como el «fin de la historia» (1989) y Huntington como el amanecer de un «*choque de civilizaciones*» (1993). Sin embargo, tras el 11-S ambas teorías se han demostrado insuficientes. La primera, viciada de idealismo hegeliano, pareció rechazarla el propio Fukuyama en su *Our post-human future* (2002). La segunda, realista pero mordida de relativismo, no ofrece un área común de encuentro cultural. Por consiguiente, la época histórica iniciada el 11-S ha permanecido sin solución intelectual válida. Hasta el pasado 12-S.

El discurso de Benedicto XVI en Ratisbona propone una sencilla tesis: los hombres son capaces de hallar caminos de entendimiento mediante el uso adecuado de la razón. ¿A qué tipo de razón se refiere el Papa? Al *logos* griego que fundó Europa al sintetizarse con la fe cristiana. Una razón abierta a la trascendencia y dirigida hacia la verdad perenne, dondequiera que se halle. Así las cosas, sigue el discurso, es tan irracional extender la fe mediante la violencia como reducir la razón al estrecho ámbito

de lo sensible. Estos son, respectivamente, los errores del islam y del Occidente moderno. Estas serán las causas de conflicto en el siglo XXI.

Si seguimos la pista que el Papa señala en Ratisbona, la historia de los últimos veinte siglos se ilumina. Descubrimos que Europa no es un lugar geográfico, sino un lugar espiritual caracterizado por la síntesis entre la razón helénica y el Evangelio; una síntesis que incorporó a los pueblos bárbaros, se dilató en los cenobios y unió a Europa en los templos y las universidades medievales. Y descubrimos que contra esta conjunción de fe y razón se levantan tres fuerzas históricas. La primera deforma la fe, convirtiéndola en totalizante sumisión a un Dios desligado de la razón: es el islam. Las otras dos fuerzas antieuropeas surgen en el mismo corazón de Europa, producto de la Ilustración. Una de ellas, el hipermélope idealismo, deja que una razón enferma invada el terreno de la fe y se desenfoca soñando utopías. La otra fuerza, el miope positivismo, emascula la razón y la encierra en el mundo de lo material.

En la mejor tradición de san Agustín, Benedicto XVI parece así invitarnos a ver la historia entera como el combate entre el Dios de la razón —que conformó la esencia de Europa— y sus tres opuestos: el Dios irracional, la diosa razón y la sinrazón atea. El islam arrolló al espíritu europeo en Asia y África, conquistó España y por dos veces puso sitio a Viena; a su vez, las ideologías de la Ilustración devastaron Europa durante el siglo XIX y culminaron en la carnicería del siglo XX. Hoy no es diferente. El islam resurge y su poder demográfico crece en una Europa estéril, cuya democracia insiste en alejarse de la razón perenne y construir la «*dictadura del relativismo*».

¿Qué ocurrirá cuando las tres fuerzas antieuropeas, utopismo, empirismo e islam, los tres vicios que embrutece fe y razón, se encuentren juntos en el corazón de Europa? Quizá la consonante reacción del islam y del progresismo ante el discurso de Ratisbona nos dé alguna pista. Entre tanto, el 12-S responde al reto del 11-S con un análisis certero y una propuesta novedosa: sólo en la universalidad potencial de todas las culturas, alcanzada mediante una razón abierta a la trascendencia, será posible la paz en el siglo XXI.

La ferocidad del «buen salvaje» americano

Leemos en un servicio de Corrispondenza Romana acerca del debate que se está produciendo al otro lado del Atlántico en referencia a los pobladores precolombinos de América. Una vez más echamos de menos que también en nuestra patria se abra camino a la verdad, demasiado oscurecida por la densa niebla de lo políticamente correcto.

Muchas discusiones está suscitando en los Estados Unidos un libro de Nicholas Wade, periodista científico del *New York Times*, titulado *Before the dawn. Recovering the lost history of our ancestors* («Antes del amanecer. Recuperando la historia perdida de nuestros ancestros»). Retomando y divulgando las investigaciones históricas y antropológicas más recientes sobre las sociedades americanas precolombinas realizadas por estudiosos como Lawrence Keeley, de la Universidad de Illinois o Steven Le Blanc, de la Universidad de Harvard, Wade afirma que el famoso «buen salvaje» no ha existido jamás.

Desmintiendo la teoría «políticamente correcta», según la cual el indígena precolombino era *per natura* pacífico, tolerante, leal y generoso, Wade demuestra que la vida de las sociedades americanas primitivas estaba basada sobre la violencia, la intolerancia, la perversión y la perfidia. A menudo las comunidades precolombinas se autocalificaban como «los hombres», en cuanto que no reconocían a las otras comunidades la naturaleza humana y aún menos los derechos a ella inherentes. Y dentro de cada comunidad casi siempre se practicaba la tortura, la venganza, la violencia sexual y el infanticidio.

Pero por encima de todo, entre las comunidades y, dentro de éstas, entre las tribus y clanes, había un estado casi continuo de guerra, feroz y desleal, conducida habitualmente con el objetivo no de someter al adversario sino de exterminarlo, de modo que no se hacían prisioneros a no ser para sacrificarlos a los dioses de la guerra o para devorarlos. Incluso en las durísimas condiciones ambientales de Alaska o de Groenlandia, donde la lucha por la supervivencia habría debido prevalecer sobre el ansia de dominio, la guerra era continua y sin piedad. Se calcula que el 87 % de las sociedades primitivas hacían más de una guerra al año y que el 65 % estaban continuamente en guerra, perdiendo de media el 50 % de la población entre ataques, defensas y represalias. Esto explica el estado de despoblación que encontraron los exploradores al descubrir el Nuevo Mundo.

Wade extrae una conclusión: los «antropólogos y arqueólogos han subestimado seriamente el estado de guerra permanente típico de las sociedades primitivas, a partir de un prejuicio contra la existencia de guerras prehistóricas». Por ejemplo, los estudiosos de la cultura y del lenguaje primitivos han escondido el hecho de que la extraordinaria variedad de «dialectos» existente entre los pueblos amerindios —en una sola nación pueden existir miles— se debe principalmente a las continuas separaciones internas debidas a los odios y a las consecuen-

tes guerras. Incluso el descubrimiento de enormes cantidades de armas y los restos de exterminios en masa han sido escondidos al público por parte de investigadores y estudiosos ansiosos de avalar la teoría del «buen salvaje».

A partir de ahora, cuando en muchas novelas, películas o dibujos animados, pero también en algunos ensayos de historia, etnología y antropología, leamos la descripción del encuentro entre el civilizado violento, ávido y fanático y el indio pacífico, generoso y tolerante, sabremos qué pensar de esta falsificación propagandística de sabor maniqueo.

Cheque escolar y segregación racial

Que los padres tienen derecho a elegir la educación que reciben sus hijos es tan de perogrullo que casi da vergüenza recordarlo. Pero es que además, tal y como nos enteramos gracias a la Fundación Burke, permitir y respetar esta decisión resulta mucho más eficaz para solucionar algunos de los problemas más graves que miles de millones invertidos en campañas de concienciación y otras técnicas políticas modernas.

Es frecuente descalificar las propuestas a favor de la libertad de educación con la etiqueta de elitistas. En particular, se acusa al cheque escolar de favorecer a los ricos y perjudicar a los pobres, actuando de este modo como una medida que consolidaría las desigualdades. Por supuesto se trata de una crítica ideológica que no toma en consideración la realidad, esa molesta piedra de toque para tantos ideólogos. De hecho, hay constancia diaria de que la intervención del Estado sobre la educación es precisamente garante de esa desigualdad que dice combatir: la realidad es que los ricos siempre pueden saltarse las restricciones (pagando, eso sí, pero para eso son ricos), mientras que los pobres están condenados a sufrir la escuela pública de su barrio, cada vez más degradada.

Si atendemos a la realidad norteamericana (realidad, no teoría), descubrimos que el cheque escolar está demostrando ser un poderoso instrumento para romper la segregación racial. En Estados Unidos a la dicotomía rico-pobre se le añade la racial blanco-negro; siendo acusado el cheque escolar de favorecer escuelas monoraciales. La realidad es la contraria: dos recientes estudios sobre niveles de segregación racial en Cleveland y Milwaukee demuestran que las escuelas privadas en esos estados que participan en los programas de cheque escolar tienen niveles de segregación menores que los de las escuelas públicas.

En concreto, las escuelas privadas que aplican el programa de cheque escolar en Cleveland tienen 18 puntos de segregación racial menos que las escuelas públicas (en una zona en la que la población blanca en edad escolar es del 50%, una escuela con el 60% de sus alumnos blancos tiene 18 puntos de diferencia con otra escuela que cuente con un 78 % de alumnos blancos). En Milwaukee la diferencia es de 13 puntos a favor de las escuelas privadas que aceptan el cheque escolar.

En consecuencia, tal y como afirma el autor del estudio de Cleveland, Greg Foster, la acusación de que las escuelas privadas tienen altos niveles de segregación racial y de que el cheque escolar aumenta esta tendencia es insostenible. Al contrario, puede afirmarse con apoyo empírico que el cheque escolar es una herramienta muy poderosa para romper las barreras raciales geográficas y posibilitar la salida del ghetto a muchos niños, algo que la escuela pública no está consiguiendo. Mientras, en nuestro país, se siguen ignorando las propuestas a favor del cheque escolar desde planteamientos estatistas que vulneran la libertad de elección de los padres y perjudican a miles de alumnos. Confiemos en que ejemplos como los de Cleveland y Milwaukee vayan rompiendo la gruesa corteza del prejuicio ideológico; si realmente se desea dar una oportunidad a los niños que viven en barrios pobres no podemos despreciar el cheque escolar.

San Juan Fisher

El pasado mes de mayo traíamos a esta sección la figura de santo Tomás Moro, al reproducir diversos textos de un número que los redactores de Cristiandad le habían dedicado sesenta años antes. El número de 1 de octubre de 1946 estaba dedicado a san Juan Fisher, otro mártir del cisma de Inglaterra promovido por Enrique VIII. Como santo Tomás Moro, san Juan Fisher selló con su sangre su confesión de que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres; de que también las razones de Estado están sujetas a la ley divina. El editorial de aquel número acababa con estas palabras: «Cristiandad dedica a san Juan Fisher el presente número, ansiando que su figura sea más conocida y que el testimonio que dio de acatamiento al Pontífice de Roma, de entereza en sus propias convicciones y de integridad de vida, sea valorado debidamente por los católicos que a cuatrocientos años de su decapitación

cruenta, se encuentran en un mundo en muchos aspectos peor que el de Enrique VIII». A los sesenta años, constatamos que, efectivamente, de aquella idea de Enrique VIII y de sus consejeros, estampada en el «Acta de supremacía», según la cual el rey era cabeza de la Iglesia de Inglaterra, por encima de la autoridad del Papa, se ha pasado, en la sociedad liberal occidental, al principio de la supremacía total de las leyes del Estado sobre las conciencias, al supuesto derecho de los gobiernos a legislar contra la ley natural, porque no hay ley natural, sólo la ley que emana de la mayoría. San Juan Fisher es ejemplo y estímulo de acuciante actualidad para políticos, dirigentes y súbditos, también en nuestra España. Para recordar los rasgos principales de su vida reproducimos un fragmento del artículo que nuestro colaborador J.M. Martínez-Marí escribió en aquel número de 1 de octubre de 1946.

II

Fisher en el periodo 1469-1527

La vida de san Juan Fisher hubiera transcurrido con la placidez con que discurren por las tierras bajas los grandes cursos de agua, de no haber ocurrido en sus días el hecho trascendental de la revolución de Lutero, Calvino y Enrique VIII, contemporáneos suyos, como Moro, Vives, Erasmo y Francisco de Vitoria.

Beverley en York fue el villorrio inglés que en 1469 (no hay unanimidad respecto a esta fecha, otros proponen 1453, 1455, 1459 y hasta 1465) tuvo la fortuna de verle nacer a la luz pálida de nuestro satélite.

Sus pasos desde la época del despertar de la razón fueron los de tantos estudiantes aplicados. En 1484 le sabemos estudiando en Michael House de Cambridge – su gran amor después de la Iglesia– y tres años más tarde es ya doctor en Artes. Llamado su puro corazón y su alma nobilísima a mayor perfección abraza el estado eclesiástico y, ordenado sacerdote, Margarita Beaufot, condesa de Richemont, madre de Enrique VII le escoge como su confesor. No se duerme en la corte y con el apoyo de su penitente, funda el Colegio de Cristo y el Colegio de San Juan en Cambridge, dotándolos y laborando incansable para que en ellos profesaran los principales ingenios de su época.

Su carrera en el mundo es ascendente. En 1501 es canciller de Cambridge; en 1504 es designado obispo

de Rochester; en 1512 se le nombra como uno de los prelados ingleses que deben asistir al Concilio V de Letrán convocado por Julio II. Entretanto es confesor y consejero de Enrique VII y distingue a Enrique VIII con su virtud y su saber. El cardenal Pole dice que este monarca le tenía por «el más docto teólogo de cuantos en su vida había conocido».

Pero su perfeccionamiento espiritual va mucho más deprisa que su carrera mundana. No vacila en decir a boca llena a los grandes –entre los que se cuenta el todopoderoso Wolsey al que censura indirectamente en 1517 al criticar en su presencia al clero que por su desordenado amor al lujo y a la opulencia olvida sus deberes– que «os llama la avaricia, tintinea la plata y nada oís ya, brilla el oro y quedáis deslumbrados. Pereció en vosotros la humanidad», como Luis Vives decía a los ricos por el mismo tiempo.

Y, la práctica junto a la teoría como auténtico católico, no quiere cambiar su pobre obispado de Rochester por los opulentamente dotados de Ely o de Lincoln que le son ofrecidos tentadoramente, quien sabe con qué intención. Fisher conoce bien el peligro del oro y de la abundancia y él, el hombre, el fuerte, tiene en su corazón grabado aquello de fray Tomás de Kempis «todos somos flacos, mas tú a nadie tengas por más flaco que a ti».

Teólogo, escritor, literato, emplea sus dotes defendiendo a la Iglesia que se ve atacada en sus derechos

por los que pretenden reformarla. Trabaja, además de en sus obligaciones pastorales, en sermones, libros, discursos, controversias, colaboraciones. No cesa de animar con su ejemplo.

Sus obras, copiosas y densas, son un índice de sus preocupaciones e inquietudes: *Tratado contra la respueta de Lutero al Libro de Enrique VIII*; *Los cinco libros de la verdad del Cuerpo y de la Sangre de N.S. Jesucristo en la Eucaristía*, contra Oecolampadio; *Refutación del tratado que Valerio había compuesto para probar que san Pedro no había estado nunca en Roma*; *Discurso contra los escritos de Lutero*; *Tres libros de una sola Magdalena*; *Tratado de los medios para llegar a la soberana perfección de la religión*; *Comentario moral de los siete salmos penitenciales*; *Discurso sobre la caridad*; *Tratado de la oración*; *Sermones y paráfrasis de los salmos...*

Inunda Inglaterra y su fama trasciende arrolladora. En Roma se le considera uno de los campeones de la Cristiandad. El propio Erasmo elogia su integridad de costumbres, sus sabias miras, la dulzura de su carácter, su valor.

Y no es sólo hombre de estudio. En 12 de mayo de 1521 asiste en la Cruz de San Pablo a la quema pública de los escritos de Lutero y pronuncia en ella un sermón o discurso que causa furor. Donde hace falta un teólogo para combatir un error allí se le encuentra.

Nada hace suponer que esta vida será interrumpida trágica pero gloriosamente. Enrique VIII, es –aún– el Rey cristianísimo, defensor de la Fe. Su esposa es –aún– de hecho y de derecho, Catalina de Aragón, modelo ejemplar de católica practicante. Pero la Providencia vela amorosa por Fisher y este con la perfección e integridad de su vida logra alcanzar de aquélla un premio extraordinario a su virtud: la gracia del martirio. Enrique VIII deviene «enfermo, violento e inconstante», en frase de Belloc, aparece Ana Bullen –la Bolena de los españoles– en el horizonte, el Rey demanda en 1527 de divorcio a Catalina. Nubes de inquietud se ciernen amenazadoras sobre la Iglesia católica en Inglaterra y tal vez desde entonces la aguda percepción de Fisher le haga insistir en sus azotes y penitencias para hacerse digno del holocausto que se le prepara.

III

1521 - 22 de junio 1535

«La naturaleza humana y la ocasión forjan las tentaciones, y ¡qué tremenda tentación, qué ocasión para desbordar las pasiones de nuestra naturaleza es el poder!», escribió Feijóo y son frases las transcritas que bien le cuadran al marido de Catalina, Enrique Tudor. Como les cuadran igualmente a todos los engendros, perseguidores de la católica religión.

Tan pronto Enrique VIII inició sus gestiones para conseguir la anulación de su matrimonio con Catalina, comprendería que no podría torcer la recia voluntad del obispo Fisher, que, teólogo consumado, sabía a ciencia cierta si la razón estaba de parte de Roma o de Londres.

Desde 1527 la biografía de san Juan Fisher, se entrelaza con las vicisitudes por que pasa el cisma inglés y es imposible hacerse cargo de su figura gigantesca, o de su contextura moral, sin el telón de fondo de los acontecimientos gobernados por la Providencia a través de sus instrumentos, Enrique Tudor, Crammer, Cromwell y adláteres.

La Reforma inglesa tiene como base la lujuria y como causa de consolidación la codicia. Hilaire Belloc afirma que «la Reforma en conjunto, no era una nueva religión porque no tenía unidad de estructura ni de propósito, pero en Inglaterra tenía un sólido cimiento que determinó todos sus éxitos y este cimiento ha sido descrito con toda la sencillez de dos palabras: las tierras abadengas».

Es decir, que la confiscación de la propiedad monástica, el saqueo legalizado de conventos y abadías con la venta posterior de los bienes –algo parecido, salvadas las distancias, a la desamortización española de Mendizábal– afianzaron una reforma no sentida ni querida por el pueblo tal y como se hizo a expensas de la unidad de la Cristiandad. Los compradores de los bienes de los monasterios fueron en lo sucesivo el mejor puntal del Cisma, conscientes de que si se llegaba a un acuerdo con Roma, dejarían de poseer lo que con magnífico negocio se habían agenciado del «inmenso latrocinio».

Porque la batalla contra Roma tuvo en Inglaterra comienzos característicos y comunes a muchas persecuciones, algunas de ellas vividas en nuestros civilizados tiempos. Jalones de esa lucha fueron: la proposición del Parlamento en 1532 solicitando del Rey remedio contra los abusos y desórdenes de los obispos de la Iglesia («Súplica contra los ordinarios»), a consecuencia de la cual se dictó en 15 de mayo del mismo año una ley de «Sumisión del Clero»; la elevación a la Sede Primada de Canterbury de Tomás Crammer, protegido de la Bullen y hechura de sus deseos, el cual, naturalmente era la persona más idónea para fallar, como lo hizo efectivamente, dentro del divorcio de Enrique, que era nulo su matrimonio con Catalina; una serie de disposiciones parlamentarias suspendiendo el pago de las annatas a Roma (que, naturalmente también, desde entonces pasarían al bolsillo del monarca inglés), prohibiendo la publicación de censuras y excomuniones pontificias en Inglaterra; la aprobación del «Acta de Supremacía» (1534) que erigía en cabeza de la Iglesia de Inglaterra al Rey, en virtud de la proposición herética de que «el Obispo de Roma no posee según la Escritura mayor jurisdicción en el Reino de Inglaterra que cualquier obispo extranjero» (la tan repetida canción de la Iglesia nacional, intentada recientemente por la Alemania nazi y remozada en méritos de la táctica comunista por Stalin).

La conducta de Fisher en toda esa larga contienda es terminantemente clara: en cuanto al divorcio de Enrique y Catalina afirma: «Yo por haber estudiado esta materia y gastado en ella mucho tiempo y trabajo oso afirmar que no hay en la tierra potestad que pueda deshacer ese matrimonio, ni desatar lo que Dios ató; y esto que digo, no solamente lo pruebo claramente con los

textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Doctores, sino que estoy también aparejado a defenderlo con el derramamiento de mi sangre».

Desde este momento está ya virtualmente ajusticiado. Enrique solo buscará ocasión propicia para eliminarlo. Esta ocasión se presenta cuando a 25 de marzo de 1534 a raíz de los sucesos promovidos por la «Santa Virgen de Kent» –Isabel Barton– es acusado Fisher de alta traición por no haber revelado sus predicciones, encarcelándole «por durante la voluntad real» y confiscándole sus bienes.

Puesto en libertad es nuevamente apresado en el mismo año y esta vez ya para morir. La causa es el negarse a jurar fidelidad al Rey como cabeza de la Iglesia, abjurando del pontificado romano. Taunton cuenta que «la constancia de Fisher que conducía a Enrique a una furia sin límites, le acarreó la admiración del mundo cristiano entero, el cual le conocía desde tiempo como uno de los más sabios y piadosos obispos de su época».

Una vez en «la Torre», «despojéronle de sus propios vestidos –según Ribadeneyra– y pusieronle unos andrajos que apenas cubrían su desnudez, pero todo cuanto hicieron nada bastó para abrumarle ni hacerle vacilar». El «Acta de Supremacía» quedaba sin jurar, para ejemplo o reprensión de cuantos lo habían hecho.

En 17 de junio de 1535, por jueces vendidos a la tiranía, indignos del alto oficio que desempeñaban, fue condenado a muerte «porque abiertamente declaró en Inglaterra que el Rey nuestro Señor no es cabeza suprema en la tierra de la Iglesia inglesa», según rezaba la parte dispositiva de la sentencia condenatoria.

Fue descabezado en 22 del mismo mes y año y al decir de un biógrafo suyo «su sangre no manchó sus canas, que se mantuvieron blancas como la nieve, como la pureza de su corazón. Manchó sí, las páginas de la historia de un rey, que no tuvo habilidad sino para labrar la infelicidad de los pueblos». Y se cuenta, que la cabeza del Santo expuesta en una pica en la puerta de Londres a la vista del pueblo todo, de tal manera aparecía más fresca y graciosa y de más venerable aspecto cada día, que el rey tuvo que ordenar turbado que la quitaran de allá.

IV

Roma y san Juan Fisher

En tanto Juan Fisher atravesaba la «Puerta de los traidores» en la «Tower», el mundo cristiano seguía con ánimo suspenso la desigual batalla que se entablaba entre el desvalido y anciano obispo y el todopoderoso monarca.

Paulo III anhelaba la liberación de Fisher ya que su presencia en el próximo Concilio de Trento era prenda segura de eficacia. En consistorio secreto del 20 de mayo de 1535, casi un mes justo antes de su decapitación, se le promovió a cardenal, asignándole el título de San Vitale. Esperaba el Pontífice que tal dignidad le haría ser más respetado por el rey inglés y que tal vez así se salvaría su vida.

El legado pontificio que llevaba el capelo al prisionero, era portador también de un breve al rey de Francia fechado en 21 de mayo del año 1535, al día siguiente del consistorio, tal era la prisa y la ansiedad, en el que el Pontífice rogaba a Francisco I «con todo el afecto e insistencia posible para que quisiera interceder cerca del rey de Inglaterra para que restablezca a Fisher en la benevolencia y gracia anteriores, seguro que movido por S. Majestad querrá tener la debida atención con dicho obispo», añadiendo en el mismo documento que tal mediación le haría quedar obligado hacia el Rey cristianísimo así como al Sacro Colegio, no pudiendo tal favor ser olvidado.

Paulo III remitió con la misma fecha instrucciones a Rodolfo Pío, nuncio de Francia y a monseñor Bellay, arzobispo de París, rogándoles realizaran los máximos esfuerzos para que el rey francés salvara a Fisher.

Pero en aquellos tiempos, las noticias son comunicadas con retraso y en la corte pontificia cuanto en el brumoso norte acontece hoy sólo se sabe semanas después. La Providencia dispuso que la reacción psicológica de Enrique VIII, hombre todo pasiones mal contenidas, fuera cabalmente lo contrario de lo que se supuso en su buena fe Paulo III.

Enfurecido por el honor concedido a Fisher y después de asegurarse por el propio Cromwell de que el encarcelado aceptaba el capelo, dispuso su rápida ejecución en reto al mundo católico y en especial al Papa, su odiada cabeza.

Las recomendaciones e insistencias de Roma cursadas en 1 de julio –quince días después de su ejecución– al nuncio de París, instando se gestionara cerca de Inglaterra y en favor de Fisher «cuya liberación desea S. S. sobre todas las cosas para poder utilizarlo en el concilio, por ser persona tan singular y de doctrina y vida santa» tienen ya el valor de sermón exequial. Tres días después se lee en consistorio una carta recién llegada del nuncio de Francia en la que se comunicaba la triste noticia del martirio del obispo.

Paulo III, entonces, se dirige a las cortes de España, Francia, Polonia y Escocia reprobando el terrible delito del rey inglés, «haciendo matar a Fisher como malhechor por mano de verdugo, cuando era hombre conspicuo por su virtud, célebre por su doctrina y gloria del clero de aquel reino» dice doloridamente el Papa que no pudo evitar el martirio de su cardenal. Roma depone en 30 de octubre de 1535 a Enrique Tudor –bula *Cum superioribus*– y exhorta a los príncipes a tomar las armas contra él en tiempo oportuno. León XIII en 9 de diciembre de 1886 beatifica al «Obispo Rofense», como se le llamó en la España clásica, españolizando el nombre de su sede.

En 19 de mayo de 1935 el estandarte de Fisher ondeando en San Pedro del Vaticano, es aclamado por representaciones de Cambridge, del Seminario de Ushaw y por los miembros de numerosas peregrinaciones inglesas llegadas a Roma para asistir al acto de su canonización solemne. El beato Fisher es ya para siempre san Juan Fisher, gloria de la Iglesia católica y uno de sus más preclaros mártires.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Dialéctica de la secularización
Autor: Joseph Ratzinger y Jürgen Habermas
Editorial: Encuentro
68 páginas
Precio: 8,00 €

El 19 de enero de 2004, en la Academia Católica de Baviera tuvo lugar un hecho insólito: uno de los más importantes filósofos vivos, Habermas, debatía con el entonces cardenal Joseph Ratzinger, hoy papa Benedicto XVI. Si el contexto es sorprendente, no lo es menos el resultado: los puntos de encuentro entre ambos acerca del Estado de derecho como mejor forma

política para defender la dignidad humana, o acerca de la necesaria interpelación recíproca entre razón y fe.



Cartas de Santa Sor Faustina

Autor: Sor Faustina
Editorial: Levántate
256 páginas
Precio: 15,00 €

Los devotos de la Divina Misericordia y de santa Faustina tienen a mano ahora el segundo documento, después del *Diario*, relacionado con su vida y su misión: la correspondencia que mantuvo con sus directores espirituales, las superiores y otras hermanas. Las cartas revelan más ampliamente el clima en que Sor Faustina iba realizando su misión, la participación de

otras personas en esta misión y especialmente del director espiritual, el padre Miguel Sopocko.



El padre Elías. Un apocalipsis
Autor: Michael O'Brien
Editorial: Libroslibres
636 páginas
Precio: 22,00 €

En el umbral del tercer milenio, el mundo se asoma con terrible ignorancia al Apocalipsis. El Papa tendrá que recurrir al padre Elías, un humilde fraile, judío converso, que deberá adentrarse en el círculo de un poderoso personaje de la política mundial cuyos mensajes de paz universal esconden la venida del anticristo. Una novela en la que entra en juego

el destino de la Iglesia y de la humanidad.



El mito del Papa de Hitler

Autor: David G. Dalin
Editorial: Ciudadela
240 páginas
Precio: 19,80 €

¿Estuvo el papa Pío XII en secreta alianza con Adolf Hitler? No, responde el rabino David G. Dalin. Pero sí hubo un clérigo en alianza con Hitler, el gran muftí de Jerusalén Hajj Amin al-Husseini. Mientras Pío XII trabajó para salvar a los judíos, el gran muftí devino un estrecho aliado de Hitler. En este impresionante y bien documentado libro, el rabino Dalin deshace el mito del

Papa de Hitler y condena a los fabricantes de mitos.

CONTRAPORTADA

El Rosario y las Misiones

Queridos hermanos y hermanas: Hoy, primer día de octubre, desearía detenerme en dos aspectos que, en la Comunidad eclesial, caracterizan este mes: la oración del Rosario y el compromiso por las misiones. El día 7, sábado próximo, celebraremos la fiesta de la Virgen del Rosario, y es como si, cada año, Nuestra Señora nos invitara a redescubrir la belleza de esta oración, tan sencilla y profunda. El amado Juan Pablo II fue gran apóstol del Rosario: le recordamos arrodillado con la corona entre las manos, inmerso en la contemplación de Cristo, como él mismo invitó a hacer con la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*. El Rosario es oración contemplativa y cristocéntrica, inseparable de la meditación de la Sagrada Escritura. Es la oración del cristiano que avanza en la peregrinación de la fe, en el seguimiento de Jesús, precedido por María. Desearía invitaros, queridos hermanos y hermanas, a rezar el Rosario durante este mes en familia, en las comunidades y en las parroquias por las intenciones del Papa, por la misión de la Iglesia y por la paz del mundo.

Octubre es también el mes misionero, y el domingo 22 celebraremos la Jornada Misionera Mundial. La Iglesia es, por su naturaleza, misionera. 'Como el Padre me envió, también yo os envió', dijo Jesús resucitado a los apóstoles en el Cenáculo. La misión de la Iglesia es la prolongación de la de Cristo: llevar a todos el amor de Dios, anunciándolo con las palabras y con el testimonio concreto de la caridad. En el Mensaje para la próxima Jornada Misionera Mundial he querido presentar la caridad precisamente como 'alma de la misión'.

San Pablo, el Apóstol de las Gentes, escribía: 'El amor de Cristo nos apremia. Que pueda cada cristiano hacer propias estas palabras, en la gozosa experiencia de ser misionero del Amor allí donde la Providencia le ha puesto, con humildad y valor, sirviendo al prójimo sin segundas intenciones y obteniendo en la oración la fuerza de la caridad alegre y laboriosa.

Patrona universal de las misiones, junto a san Francisco Javier, es santa Teresa del Niño Jesús, virgen carmelita y doctora de la Iglesia, de la que precisamente hoy hacemos memoria. Que ella, que indicó como camino 'sencillo' a la santidad el abandono confiado en el amor de Dios, nos ayude a ser testigos creíbles del Evangelio de la caridad.

Que María Santísima, Virgen del Rosario y Reina de las Misiones, nos conduzca a todos a Cristo Salvador.

BENEDICTO XVI
(Ángelus del 1 de octubre de 2006)